

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
INSTITUTO DE LITERATURA ARGENTINA
COLECCION DE FOLKLORE

ENTRE RIOS

186

C O L Ó N

Maestro MARÍA E. SEAGLIONI

Escuela N° 33

Fojas 33

OBSERVACIONES

1
Colonia Vázquez Dpto Colon (E. Rios)

Escuela 16^{no} 33.

Moana C. Scaglioni y

Leyendas y tradiciones del norte argentino

La oposición y diferencia que estableció entre el indio y el gaucho fue magistral, y sintetizó luego en algunos rasgos definitivos

Escuché la estrofa que canta un indio expulsado de una bacanal por algún intuso que, siendo más hombre le ha quitado la compañera de baile.

El indio se alga de la pulpería teniendo la caja:

Esta cajita que toco
tiene boca y sabe hablar,
Solo le faltan los ojos
Para ayudarme a llorar.
También la cajita llora
Con ser un palo vacío
¡Como no hi de llorar yo
Si me quitan lo qui es mio!

Yo descubro en esta escena, como en un símbolo, la melancolía infinita del renunciamento; el menoscabo irremediable de los atributos vitales: la sensibilidad enferma de todas las decadencias.....

Comparad ese canto con la Firmeza, que es copla gaucha:

El que de firmeza es firme,
Lleva consigo un caudal,
Es mismo afirma: una cosa
Que se le afirma a un bagual.

El canto del indio es un gemido. El canto del gaucho, la vibración de un alma trusa y flameante como la hoja de una saga.

El conferencista contó muchas leyendas, tan interesantes

como las que ya había referido en su disertación.
Fue aquí una en que el alma de aquellos muchos salteiros
se refleja con toda su gracia y su ingenio:

El zorro y el cóndor se toparon un día junto a una osamenta.

Esto sucedió en un tiempo ya lejano, cuando no había frutas
en el monte.

- ¡Qué mala es mi suerte, compadre, dijo el zorro. - Hallar
una osamenta, es más fácil que hallar una gallina.

Y la osamenta nadie la defiende. Al gallinero lo cuidan,
le escopeta, la trampa y los perros.

- ¿Y es la verdad compadre - dijo el cóndor. Pero ya
que anda tan afligido, y si quiere comer hasta llenarse
lo convidó para subir al cielo. ¿Allí tengo una casa, un
rebaño y una huerta con frutas.

¿Frutas? ¿y qué es eso? preguntó el zorro.

- ¡Vé veré, compadre, una convidada como pa' usted que es
de gusto tan delicado.

¡Encantado! exclamó el zorro, encaramiándose sobre
el cóndor, el cual hechó a correr para tomar vuelo. Pero
el cóndor fracasó en la tentativa, y notando que la cola
del escuálido gine se pesaba casi tanto como el cuerpo:

- Vea compadre. Si quiere que lo lleve sáquese la cola.
Le dijo. Es demasiado peso y si no le conviene, lo dejo.

- Si me conviene - dijo el zorro - Con tal de subir al cielo,
yo dejaría si pudiera todo lo que me estorba.

Se sacó la cola y la escondió en el hueco de un tronco.

El cóndor volvió a tomar vuelo y se solivio' sobre el viento;
y describiendo círculos inmensos, voló, voló, hasta que les al-
canzó la noche en la mitad del camino, que era la cumbre
del pico más alto del mundo.

Y en aquella montaña hacía un frío bárbaro y caía
una helada tremenda.

El cóndor se asentó en la cresta de una roca; el zorro se acurrucó a su lado, en una grieta. Y fué donde echó de menos la cola para taparse.

A media noche, el cóndor, sacudiéndose la escarcha que lo cubría — ¿Y... cómo va compadre?

Bien no más compadre contestó el zorro — dando diere de con diente.

Al amanecer el cóndor repitió el saludo pero su compadre ya no le contestó; estaba duro, medio muerto de frío, ya en las últimas.....

¡Pobrecito el zorrito!..... dijo el cóndor — Lo calentaremos en un fueguito. Hizo fuego y al sonar el sol, el zorro comenzó a mover sus miembros entumecidos.

Siguieron viaje: y el cóndor voló todo aquel día y a la tarde llegó al cielo donde sus servidores lo recibieron con la mesa puesta. Sentado a la cabecera el cóndor, picoteaba sus presas y avontas.

El zorro engullía con voracidad todos los platos que le presentaban, y tanta era su hambre y tan invertebrada su manía de roer, que a cada rato se largaba de la mesa al suelo y se ponía a tironear, los tendones adheridos a los huesos y a quebrar los caracuses para sorberlos.

A la hora de los postres pasaron a la huerta, donde el zorro, entusiasmado de ver aquella abundancia, se internó a la ventura: comió semilla y toda cuanta fruta pudo; bebió agua fresca, retosó por los pastisales, se revolcó un poco y se tumbó a dormir.

El otro día quiso volver a la tierra. Echaba de menos su cola y su cubil. Pero el cóndor aburrido de esperarlo había bajado ya, y el pobre zorro se halló sin cabalgadura para el viaje de retorno. Pero el muy diablo no se acordó por eso. Envió durante varios días, una tranca de corteza de juchan, y ató su extremidad a un árbol: el otro cabo lo soltó a la

a la tierra y comenzó a descolgarse, y a bajar columpiándose en el aire a merced de los vientos, con grave peligro de que las fuerzas se le acabaran, pues como en el cielo había comido hasta última hora, la bamba le pesaba como costal de papas. Allí, abajo, divisó la tierra, y ya gozaba de verse llegar sano y salvo, cuando pasó junto a él una bandada de loros, quienes al verlo de tan ridícula manera suspendido en el viento, comenzaron a farrarse de él y a comentar a gritos lo del robo ausente y la panza hinchada.

¡Queo, queo, que bamba!... ¡Queo, queo! ¿Fue' has hecho de la cola? decían los loros, revoloteando y armando un alboroto infernal. Hasta que el loro a diablo de cólera los insultó a su turno.

¡Cállense los charlatanes! ¡Pico chueco! ¡Buengu sea! Los loros, enasperados, se prendieron de la soga de juchan y la royeron furiosos hasta cortarla.

Y el loro precipitado hacia la tierra iba dando vueltas y gritando a voz en cuello: - ¡Pongan colchones; ¡Pongan colchones que me caigo.

No hubo remedio. El loro cayó sobre una piedra con tal violencia que reventó como cohete, y de su bamba se dispersaron en redondo las semillas de todas las frutas del cielo.

Y desde entonces hay en el monte; pasacanas, mistol, anayau, tika, chal-chal, mato, piquillin, sachapera, duraznillo, chañar, algarroba y tantas otras frutas de variados colores olores y sabores ¡Y de todas esas come el loro!

De las costumbres religiosas y pintorescas de la gente de la campaña salteña, da una idea acabada esta descripción que hace el Sr.ávalos.

No esclado el redoble monótono de la caja, un violín destampado y raquíteo gangosea un remedo de marcha militar.

A largos intervalos un disparo de escopeta retumba por los cerros. Es el misachico que baja por la quebrada en visperas

de Navidad.

Los vecinos del cerro de San Comiso vienen a la capillita del lugar con un niño Dios auestas, para que el padre cura le diga una misa.

La procesion se detiene en la boca de la quebrada, donde acaba la senda y empieza la carretera de Talta.

(La ^{erecta} procesion se dete) Los indios en actitud respetuosa, sombrero en mano, desatan las miris a las andas, amarradas a la grupa de un caballo crril. Ahora ya pueden acompañar a pie la bendita imagen. Los hombres descabalgan en silencio. Las mujeres, algunas sosteniendo la criatura en brazos, se largan de golpe al suelo.

Esta Parapura, indio viejo, el esclavo del niño, precede ceremonioso a su familia. Sus dos hijas mayores se han hecho las andas al hombro.

El violinista templea las cuerdas de su instrumento, verdadero prodigio de industria o origen labrado en madera de c. dro. El tañedor de caja se coloca a la izquierda del cortejo.

Detrás del Niño la devota gente se alinea de a dos en fondo, y a una distancia prudente, para no espantar a los caballos, prepara una nueva sabra el escopetero. Algunos de los muchachos tiran las riendas a las cabalgaduras de sus respectivas madres y parientes. Ya una señal del viejo, la comitiva reanuda la marcha. La caja redobla briosamente, el violín acomete el Himno de Riego, ~~detona~~ la escopeta con feérico escandalo y, de cara al sol en la diáfana mañana el misa chico, se encamina hacia la capillita, cuyos tonos suaves y rojizo techo de tejas, se transuntan allá en el bajo, a través del follaje verde claro de los álamos. Esta es la fiesta de los puesteros del cerro, la fiesta tradicional de los Parapura, que guardan desde hace 80 años, en el rancho de su jefe, un Niño-Dios de carne, vestido con polleritas de seda y muellamente tumbado sobre un monton de musgo, entre flores de trazo, en medio de un

cajoncillo empapelado y cerrado con botruellas de cristal. Todos los años, en igual fecha, reúnense, al alba, en casa del "eslaro" los pocos vecinos de la montaña y antes de que se apague el fuego la procesion, bordeando los profundos desfiladeros de la quebrada.

Allí arriba, en los ranchos, solo han quedado los gatos escañados, junto al rescoldo; los penos guardadores de la casa y racionados con una previa pasada de charqui; los penos caberos que saben repuntar la majada en ausencia de su dueño y volverla al redil al caer la tarde.

En la clara mañana la campanita repiquetea afanosa, llamando a misa con un tintineo abrigado y rampante de tachoviejo sin resonancia. Esa misma noche, después de la misa del gallo, reúnense la gente en un rancho, cuya dueña ha invitado con anticipación a sus amigos del cerro, ofreciéndoles, para adoratorio del Señor el mejor cuarto de los tres, que forman su vivienda. La procesion sale lentamente de la capilla, con profusa iluminación de velas y piadoso acompañamiento de cánticos femeniles. Muchos individuos a caballo, incluso los policiaicos del lugar, hacen la guardia de honor.

Al llegar la multitud cerca del rancho, la dueña de casa se adelanta unas cien varas para recibir al divino visitante, y entonces tiene lugar la ceremonia del pisamiento: hincase la dueña de casa en el suelo, los devotos le asientan el cajoncillo en la cabeza y recitando fervorosos Padrenuestros y Avemarias le hacen entrega de las andas. En tal instante el júbilo de la fiesta alcanza a su grado máximo: la escopeta funciona con verdadero furor bélico, el hombre del violín improvisa variaciones sobre el Himno de Riego, el de la caja redobla incansable el tucutín tucutín, algunos hacen estallar gruesas de cohetes en el aire y todo el mundo se apresura para presentarse, la entrada del Señor en el aparato pesebre improvisado por la huésped.

Se inicia entonces la paranda y continúa

hasta que amanece.

Fragmentos de una conferencia dada por el Dr. Dávalos
en el Empire Théâtre.

La Nación 10 de Agosto 1921.

Colonia Vázquez

Escuela N.º 33. M. E. Scaglioni

Fragmentos de una rara que se extingue

Amor triste

- ¿ Maytacc chay sumac uyayqui ?
 ¡ Eica gina pauchimusca !
 ¿ Maytacc chay sumac ñahuigui ?
 ¡ Yscay chasca gina cahuahuacnigui !

 ¿ Maytacc chay sumac sinigui ?
 ¡ Coral gina muchahuacnigui !
 ¿ Maytacc chace sumac quirigui ?
 ¡ Hualqui gina canihuacnigui !

 ¿ Maymi chay sumac maquigui ?
 ¡ Pichka yurac tca gina llauhahuacnigui !
 ¿ Maytacc chay sumay sinturayqui ?
 ¡ Palmac gina runachahuacnigui !

 ¿ Maytacc chay sumac sinturayqui ?
 ¡ Palmac gina munachahuacnigui !
 ¿ Maytacc chay llapac sumac ? May tacc chay ?
 ¿ Maypitacc cunki sumac urpi ?

 ¡ Mañana kanguichu huillacunaipa !
 Huacacuscata llaguiscuscata .
 ¡ Huilla sunaipa pacha uampicangui !
 ¡ Huinay ! ¡ Huynaypa !

Existe de esta canción una traducción igualmente hermosa, pero tiene el defecto de no ser literal en absoluto, enriqueciéndose de ligeras variantes

influídas evidentemente por la poesía castellana. Creo
que es de Mossi. Es esta

¿ Donde está tu hermoso rostro
Que la rosas envidiaban ?
¿ Donde están tus bellos ojos
Luceros que me alumbraban ?

¿ Donde tu boca divina
Que al coral avergonzaba ?
¿ En que en besos deliciosos
Mis tristezas encantaba ?

¿ Donde tus dientes cual perlas
Que la risa iluminaban ?
¿ Donde están las aureolas
Que amantes me acariciaban ?

¿ En donde tu blanco seno
Que turgente palpita ?
Donde tus largos cabellos
Que en sus ondas me ocultaban

Y tu hechicera cintura
Que cual palma se cimbraba

¿ De las gracias misteriosas
Que a mi alma contentaban ?
¿ Donde estás, espita hermosa
¿ Donde estás, vidita amada

(No hay.) Mas ha

Mas ¡ay! que cuando te llamo
 Ojos mis ojos quejas amargas,
 Porque duermes, para siempre,
 En la mansión de las almas

El quechua es por naturaleza imaginativo. Desciende de una raza que poseía una rica cultura intelectual contrariamente a lo que sucedía a los grupos indígenas del litoral. Tiene a manera de tesoro intelectual, siempre refrescado y siempre nuevamente tornasolado, un cielo de leyendas que expresan la honda delicadeza del alma de la patria de la vidalita. Poseyendo dos idiomas como dos liras, en uno y otro gusto verse, palpitar igualmente soñadora en uno y otro.

En la canción "Amor triste" revela la angustia sin esperanza, la melancolía infinita e implacable de quien evoca la fugitiva visión de la amada que la muerte apagó como a una estrella, desvaneció como a un arco iris, la amada que vaga ahora en la mansión de los muertos, la sebra seca y pálida, silenciosa y eterna.

La titulada Leyenda que va a continuación, tiene un carácter religioso, habla de una divinidad, donde ella con el cantarillo de quien derivan los fenómenos celestes Viracocha es sin duda deificado el inca Huiracocha, poderoso señor que recibió pleito de los calchaquies en un mensaje en que esta raza pedía como beneficio perder su libertad y ser recibida por vasalla de los Incas

Leyenda

Numac Rusta
 Corallay quin
 Puyñuy quita
 Paquir cayan

Hermosa doncella
 A que se tu hermano
 el tu cantarillo
 lo está quebrantando

Hina mantara
Cunurumun
Ylla panta
Canri Rusta
Unuy quita
Para mungui
May rimpi
Chichi mungui
Riti mungui
Pachac rusta
Pachasama
Vira cocha
Cay hincpae
Churasingui
Canaasingui

Y por eso a veces
hay truenos, hay rayos
Tú, real criatura
Corras al llano
las tranquilas aguas
granizo y nevado.
El creador del mundo
Vira cocha amado
para que ese oficio
se puso en lo alto
Y un cántico hermoso
Y un alma te ha dado

Fragmentos tomados del Monitor de la
Educación Común

7

Enrique Varguez Ito Ito
Escuela No. 10 33
C. C. Laqlioni
(Cuento para niños)
El rorro sin cola

Encerrado en estrecho cajón llegó un día de regalo al Jardín Zoológico un Rorro. Desclavada la tapa de su encierro fue llevado en una jaula donde había muchísimos otros. Todos lo vieron y los otros roros también; al recién llegado le faltaba la cola. Los niños se reían y los roros después de haberlo olfateado un rato con el hocico en el aire, lo dejaron solo en un rincón de la jaula.

En ese día el pobre forastero, no probó ni agua; pero al día siguiente un rorrito joven y más alegre se le acercó, lo tocó con sus batitas y jugando lo llevó hasta el bebedero. ¡Qué sed tenía! ¡Y qué hambre también! Pero al fin el pobre rorro sin cola había encontrado un amigo al cual contó todas sus penas.

Los roros, como todos los animales no hablan; pero se miran en los ojos y se entienden. Yo también los entiendo; y en la blanda hora del mediodía, cuando el jardín todo lleno de sol está desierto y callado, comprendí toda la historia que contaba de su vida el pobre rorro sin cola.

Los dos hechados, uno enfrente del otro, con su hocico pegado en el suelo, se miraban fijamente, y el chico decía: - ¡Como tú, tan grande y tan fuerte, has caído en manos del hombre? - Yo un día me desperté dentro de una casa, mi mamá ya no estaba y otro animal me criaba, supe más tarde, que era una pena. Yo no conozco la vida del campo; cuéntame tu historia.

Y el rorro sin cola, en el gran silencio de la siesta, dijo con su larga y profunda mirada: - Yo tenía un hermanito, vivíamos en una casa muy linda y profunda, dentro de un

ombú. Un día que mi madre había ido a casar, tratamos de salir afuera. ¡Qué lindo era el campo, grande, verde y lleno de pajaritos que venían a posarse sobre las ramas de nuestra casa! Llegó mi madre, nos agarró con la boca y nos llevó a la cama. Pero una semana más tarde ella salió y al rato nos llamó afuera. El ombú tenía sobre el suelo unas montañas donde había unos y jugando caíamos al suelo; mi madre echada en el suelo nos miraba y miraba a todas partes. Y un día nos hizo esconder de prisa: al rato, oímos raspar la tierra y después en la puerta de nuestra casa, un olfateo fuerte como resuello y gritos terribles: acurrucados en el fondo y tras de la madre vimos en la puerta dos ojos grandes y una boca de infierno. Después de largo rato volvió el silencio. Madre nos dijo que era un perro, que no había podido entrar, porque la puerta era chica, que era un pariente malo, vendido al hombre y que si nos encontraba nos mataría.

Madre salió una mañana y ya no volvió. Veníamos hambre, al anochecer salimos afuera, la llamamos largo rato pero no contestó a nuestros gritos; vimos lejos, al claro de la luna, dos hombres a caballo que pasaban, y el viento nos trajo el eco de las palabras de uno que decía: los zorros llaman a "Juan": no sabían seguramente que teníamos hambre y llamábamos a madre.

La otra mañana fuimos a casar y tras de una mata de pasto mi hermano alcanzó a casar una torcaz. No me la quiso dar y se la quité; nos peleamos y esa noche ya no volvimos al ombú. Caminé toda la noche, me asusté cuando las martinetas, despertadas a mi paso, se levantaban de improviso, y el día siguiente, para almorzar, no encontré otra cosa que una osamenta vieja y reseca perdida en el campo. Subí sobre la cabeza de aquella vaca muerta para orientarme: el campo era grande y verde, igual al otro donde nací, pero el ombú ya no se veía.

Había vacas que dormían, había corderos que retosaban y muy lejos un bulto donde los caranchos se reunían alegres.

Madre siempre decía que estos pajaros, eran amigos nuestros y nos enseñaban de lejos donde había comida.

Y ha allí cuando oigo temblar el suelo por el galope: tuve apenas tiempo para entrar en una vizcachera; pero dos perros me habían visto al entrar y gritaban y me desafiaban para que saliera. Pero el que galopaba en un caballo iba de prisa y los llamó: hasta me pareció oír el chazquido del cabestro con el que los castigaba.

La noche, cuando todo era silencio, me dirigí al punto donde había visto los caranchos: estos buenos amigos se habían comido todo. Me hubiera quizás muerto de hambre, si unos teros que me oyeron venir no hubiesen gritado. Madre siempre decía que a poca distancia de donde gritan los teros está un nido lleno de huevos; ¡y qué ricos son los huevos de tero! tú, chieuelo nunca los has probado. me comí los cuatro que había, después hice cama mollida desparanando las pajis de ese nido.

Había comprendido que de día me sería imposible andar por la campaña: ¡caminaba tanto, todas las noches! - En vez me encontraba con otros zorros: Un saludo "Juan" seco y cada uno por su lado: llegué una noche a un arroyuelo, en frente había algo con luces: una casa del hombre, como decía madre, donde hay mucha comida, pero mucho peligro. Estuve largo rato olfateando: allí había un solo perro que gritaba. Cuando todo fue silencio y me acerqué con prudencia, el perro me oyó, ladró, pero no se movió, estaba con cadena: di una vuelta larga para que no me viera y silenciosamente entré a una pieza muy tibia y de donde se oía un rico olor. Madre estaba allí; pero había quedado solamente el olor: encontré en el suelo un hueso grande, desmenuado y blanco, duro y desabrido como una piedra. Salí decepcionado y recordé que en la puerta había despreciado

cierto suido que fui ahora a arquetear impaciente:
era un recado y del boral muy duro y resaca colgaba
una magnífica mancha fresca y recién sobada. Fue
la pobre cena de esa noche; pero era tan dura que no
conseguí comerla toda y volví a la noche siguiente; mien-
tras trabajaba en ablandar el botón detrás de mí resonó
un ruido seco y me encontré con la cola prendida entre
unos dientes de hierro.

¡Qué angustias miguito! ¡Y qué dolor! Pasé horas de
infierno y la alborada ya empezaba a aclarar el cielo
del otro lado del arroyo. ¡Mi cola linda, la que ya había
pensado lucir con una hermosa torra que había en-
contrado una vez, que martirizaba y me detenía: no ha-
bía tiempo que beber, rápidamente me di vuelta, mordi-
con rabia mi cola y quedé libre. Perdí tanta sangre
hasta llegar a una cueva, desde donde con hachas y palas fue-
ron a sacarme. ¡Se hizo el muerto, pues madre decía, que
es una estratagemas que a veces permite una fuga.
Pero un hombre dijo: No se descuide Don "Juan" se ha-
ce el muerto y no lo está. Me encerraron en un cajón
con un olor horrible: el mismo de ciertas luces que
usan los hombres; estuve allí adentro en la obscuridad por
largas horas, oí silbidos, bufidos, ruido de borraje, hasta
que ayer me encontré aquí entre tantos compañeros de des-
gracia y que me miran en menos porque no tengo cola.
¡Daya una situación para hacerse los orgullosos!

Clemente Inelli (Autor)

Tomado del Monitor de la educación común

Colonia Vargas - Dpto Colon
Escuela Pal p^{no} 33.
Adivinanzas y Charadas
N. E. Scaglioni

Charada

Nos extremos son de un coeo;
Nico soy por todos lados
Y aunque a veces me hago el loco
Mis actos son celebrado

Solución Cómico

Adivinanza
Elto baranco
Carboncillo blanco
El fantasma

Negro como el carbon
Blanco como la pez,
Habla sin tener lengua
Camina sin tener pie
La carta

El que lo hace, lo vende
El que lo compra, no lo usa
El que lo usa, no lo ve
El cajon fúnebre.

¿Tingui, tingui está colgando,
Mango, mango, está mirando,
Si tingui tingui se cayera
Mango, mango se lo comiera
El gato y la carne.

Adivinanza
Soy la redondez del mundo
Sin mí, no puede haber Dios,
Papas y cardenales, si;
Pontifices no.

La letra O.

De tres hermanos que somos
La primera yo nací,
Yo soy la menor de todas
Como puede ser así.

Fofo

¿Cuál es el animal que tiene
las patas en la cabeza?

El piojo

¿Cuál es aquel hijo cruel
que a su madre despedaza
Y luego con igual traza
Vuelve a sepultarse en él?
El arado.

Una vieja tica, seca
Se choneaba la manteca
La uela

Cáscara arriba,
Cáscara abajo,
Cabeza de visora,
Patas de gauso
La tortuga.

Un banilito de San Borombón
Que no tiene tapa ni tapón
El huevo.

Verde Verde como un loro
Bravo, bravo como un toro
La ortiga.

Boron va, ¡il viene
El boronjil.

Una casita de madera
Que ningún carpintero
puede hacer,
Solo Dios con su poder
La avellana.

Cercio, pero no de yerba,
Pelo, pero no de vaca
Cercio pelo

Oro no es, plata no es,
Levanta la cortina
Y verás lo que es
La Mues

Pérez, anda, ¡il camina
Perezil.

Para bailar me ~~ponen~~ la capa
Porque sin ella, no puedo bailar
Y cuando bailo me sacan la capa
Porque con ella no puedo bailar.
El tiempo.

Morci'a oillar del mar,
Y tan desgraciada fui
Que cuando di el primer paso
Contra una gaita di.
Margarita.

Pongo lo duro en lo blando,
Y las dos quedan colgando.
Las caravanas.

Dos torres altas,
Dos miradores,
Un espanta moscas
Y cuatro conedores.
La vaca.

Verde fue mi nacimiento,
Negra fue mi mocedad,
Vistieronme de blanco,
Para llevarme a quemar
El cigarrillo.

¿Cuál es la cosa, que quan-
to más grande, menos se ve?
La obscuridad.

¿Tiene dientes y no come,
¿Tiene barba y no es hombre.
El ajo

Lombro sobre sombrero
Blonado de rico paño;
Si no lo adivinas hoy,
¿Tan poco dentro de un año.
El pastel.

Geoglífico

O
capitán, teniente, coronel.

Solución (tres grados bajo cero)

Comprimido

gustos.

Sobre gustos, no hay nada escrito.

Campo blanco.

Semilla negra,

Cinco toros,

Una temera.

El papel, la tinta, la mano y la pluma.

Fui al monte, corté un palo.

Cortarlo puede, rajarlo no.

El cabello.

Erabaleguas.

Hombre pequerito

Gasta poca capa,

Quien poca capa gasta

Poca capa paga.

Lo que poca capa gasté

Poca capa pagué.

Margalena de Magdeburgo

Con toda Maguanidad

Mandó en ramos de magnolias

Para el magno general.

Erabaleguas

Pedro, Eudencio Pereira

Pobre pintor portugués,

Pinta paisajes y puertas,

Por poca plata papel.

Juan compró pocas copas

Y como pocas copas compró,

Pocas copas pagó.

En un plato de postre

Comían tres tigres trigo.

Erabaleguas

Firmo a firmo y confirmo

Firmo y confirmo un fi,

Firmo que yo seré firme

Firmo que firme seré.

Comi perejil, estoy empereji-

lado. ¿Cómo me desempere-

jilare?

El Obispo de Constanti-

nopla; se quiere desconstan-

tinopolizar; el que lo des-

constantinopolize, sera

un buen desconstantino-

polizador.

Erabalenguas

Don Juan tenía un loro
que se basaba
Del coro al caño
Y del caño al coro.

No compadre el cajinero
Hace cajas y cajines,
Él me tira con las cajas
Y yo le tiro con los cajines

Trase hecha

P  - Pepito.

Conia Vargas - Dpto Colón

Escuela Nacional N.º 33

N.º 6. Saaglioni

Dichos - (Argentinismos)

Y san se acabó: Ir fig y fam; sirve para denotar ser suficiente lo que acaba de manifestarse y no ser necesario ni que se agregue nada más.

Quedo en aguas de borraja: Arg; quedar en pensamiento o en proyecto, sin poder realizarse.

Si quiere más claro ... échele agua: significa que lo que se ha dicho, no puede omitir detalles.

No le lleva el x punto: no hacer caso la dama del galán y ~~no~~ no corresponder las demostraciones de afecto.

Romper el bautismo: herir o golpear a uno en la cabeza.

A boca de jarro, o de manos a boca: encontrarse de golpe con una persona: tirar de muy cerca con arma de fuego.

Con la boca y el dedo, se hace un potrero (Arg) con que se moteja al que se falta de saber hacer una cosa de que no escapa.

Duro de boca: Dícese del que es muy respondón y no se calla fácilmente a las advertencias o amonestaciones que le hacen.

Anda con la bola sin manifa: Dícese de la persona que no lleva rumbo determinado en sus asuntos, o que cambia prontamente de pareceres.

Andar a caballo una cosa: Haber carencia o escasez de ella.

Querer bien puestos los calzones: Ser uno valiente y esforzado.

Chocar al canasto: No dar cabida en las columnas de un diario, a un suelto o artículo que se envíe para su publicación.

¡Habrá cancha!: es como decir; despejen el paso o hagan lugar para transitar.

Echarle uno a otro el carro: Acompañar o servir de brazo a la persona que va al cuidado de una niña, para que el pretendiente de esta vaya con ella.

No sale de la caneta al pértigo: Dicese de las personas que por su inocencia, nunca fracasan en sus empresas.

¡Agarrate, Catalina! expr. interj. fam. ¡El diablo!

Un clavo saca otro clavo, o si no quedan los dos: expr. proverb. con que se significa, que a veces las muchas precauciones y el excesivo cuidado no evitan un mal, y que, por el contrario suele ser innoco lo que se temía como causa de él.

Como vital cosa: Sin la turbacion o intranquilidad de ánimo consiguiente.

Lea cagamos, compadre Ramos (Arg) con que se significa que se ha hechado a perder una cosa o ha salido deslucida.

Correr a uno con la vaina: Hacerle entrar en temor o recelo con un amago fingido o una amenaza o prevención simulada y sin fundamento serio.

Divertirse a costillas ajenas: Significa con el verbo al cual sirve de complemento, vivir, divertirse etc... según el caso a costa de otro u otros, sin dar por ellos retribucion alguna.

A la que te criaste Arg. Por rutina o costumbre sin seguir los métodos o procedimientos modernos o aconsejados por la prudencia.

Hacerle el cuento del tío: Estafa echa a un individuo, crédulo y de mala fé al mismo tiempo, por medio de una historia fingida tramada con habilidad y astucia.

Sacarle la chicha a una persona: Hacerla trabajar mucho, hasta cansarla. Hacerle sudar el quitó (analog.)

Piensa el daño que todos andan por su camino:

Significa que el que adolece de una mala condicion la hace extensiva a sus semejantes.

Dejar a uno chiguito Arg. Favorejarlo mucho en una habilidad o destreza

¡Viene como anillo al dedo! Dicese de una cosa que viene muy bien o de perilla

Cada uno habla en la zéna, según le va en ella:

Refrán arg. que denota que cada cual habla de las cosas según el provecho o daño que ha sacado de ellas.

Una cosa es con guitarra: Da a entender que las dificultades y tropiezos de ciertos negocios se conocen recién cuando se encuentra uno en el caso de resolverlos

Poner el hombro (Arg) - Equivocar o contrariar al logro de un fin.

Doblemos la hoja: (Arg) Da a entender que mejor es cambiar de tema para llegar más pronto a ponerse de acuerdo

Coesterse uno en honduras: Pretender más de lo que puede

Caldito lo que se me importa: denota no importársele, no interesarle nada a uno, aquello de que se trata

El que roba a un ladrón, tiene cien días de perdón: (Arg) que da a entender la poca consideración que merece el derecho de propiedad aplicado a un ladrón.

Les tuyo me dices, ladrón de perdices: Arg ref. con que se advierte al censurador, ser imputable a él, la falta, defecto o imperfección que reprocha a otro.

¡En madre!.... ¡no compra pollos! exp. con que por enojo o broma, contesta uno al que le insulta o le saca algún defecto, como aplicándole a la madre de él lo que le dice

Sácale el mobile: Arg. con que se moteja, censura, o critica irónicamente una cosa

Obras son amores, y no buenas razones: Arg que advierte que deben confirmarse con hechos las buenas palabras, porque ellas solas no acreditan el cariño y la buena voluntad.

¡Ora nada lo del ojo, y lo llevaba en la mano!

Pegarle uno al ojo - Dormir

Andar o estar uno blado : Andar sin recursos, sin dinero o sin medios de vida

Le aganó un pepe soberano : Borrachera, estado de beoder.

Hacerle a uno la pera : Arg. chazquearlo, dejarlo burlado.

Hacerse perdir - Fuir, perderse de vista, esconderse

Toner a uno vero : reprender agriamente con palabras sensibiles o enojosas

Todos son honrados pero el porcho no aparece : arg. con que se significa que a pesar de las protestas de honorabilidad de las personas entre quienes recaen sospechas de un robo, no se descubre la prenda o el dinero robado

Subir uno la prima : Burlar las expresiones, particularmente en un altercado de palabras mordaces y agresivas

Saber uno lo que es bueno : Arg. Adquirir por experiencia propia el convencimiento de las penalidades y padecimientos que trae aparejados una situación critica.

Leirse con el santo y la limosna :irse y no volver más llevándose consigo, el dinero u otras cosas que se pusieron bajo su custodia.

Evener santos en la corte : Dicese de la persona, que alcanza un puesto elevado, más por las cuñas que por lo que vale

Hacer uno sebo : Pasar el tiempo sin hacer nada.

Hacer un violin en bolsa : Darse por corrido o vencido en un altercado, disputa o contienda

¡A buen puerto, vas por leña! Arg. que expresa la inutilidad de buscar una cosa donde no la hay.

Conados del diccionario de argentinismos

por Tobias Parrón

Colonia Vargas

13

Escuela N^o 33

- Cantos populares - (Trullos)

M. E. Scaglioni

Arrojo mi niño
Arrojo mi sol
Arrojo pedazo
De mi corazón

Este niño lindo
Se quiere dormir,
Sierra los ojitos
Y los vuelve a abrir.
Este niño lindo
Se quiere dormir,
Y el picaro sueño,
No quiere venir

Este niño lindo
Que nació de noche,
Quiere que lo lleven
A pasear en coche
Este niño lindo
Que nació de ~~tarde~~
Quiere que lo lleven
A lo del alcalde

Este niño lindo
Que nació de día
Quiere que lo lleven
A las romerías

Duérmete mi niño
Que hay mucho que hacer,
Lavar los pañales
Planchar y coser.
San José, la virgen
Y santa Isabel
Andan por las calles
De Jerusalem.

Preguntando a todos,
Dónde está su bien
Todos le responden
Que no saben de él.
La virgen lavaba
San José tendía,
Y el niño lloraba
Del frío que hacía

Señora Santa Ana
¿Por qué llora el niño?
Por una manzana
Que se le ha perdido -
Ven en casa mía
Que te daré dos;
Una para el niño
Y otra para vos.

Señora Santa Ana
¿Qué dicen de vos?
Que vos soberana
Y abuela de Dios

Arrullo!

Desautate Juana
Y encendé' la vela
Corre a ver quien anda
Por tu cabeza
- Son los angelitos
Que andan de carrera
Van buscando el niño
Para ir a la escuela

La media de un coche
A un niño malo
La virgen del Carmen
Lo resucitó.
Este niño lindo
Fue anoche nació
Quiere que le canten
Arrorró norro.

Este niño lindo
Se quiere dormir
Háganle la cama
En el torongil,
Y de cabeza
Póngale un jazmin
Para que se duerma
Este serafin

Colonia Daguera Pto Colon

Escuela Nacional N^o 33

Curanderismo. (Datos tomados de la region)

N. E. Seaglioni

Para extirpar las verrugas: Estando en ayunas, y apenas salido el sol, cuéntese tantos granos de sal, como verrugas se tenga y luego se arrojan para atrás teniéndose la precaución de no mirar donde caen. Repítase la operación durante tres mañanas consecutivas y las verrugas desaparecen por completo.

En el mismo fin, píngase los granos de sal en una bolita, y arroje la en la vía pública. La persona que la levante se contagiará las verrugas.

Para curar las boqueras: besar la pared en cruz antes de levantarse.

Para curar los orzuelos: Tómese una mosca viva y pasándola en cruz, sobre el orzuelo este desaparecerá paulatinamente. Debe repetirse la operación tres mañanas seguidas.

Para curar los tabariones: Después de la media noche, la persona atacada por esta dolencia, deberá ir a la ventana de la casa de un individuo, que pertenezca a la raza negra. Después de los golpes de fórmula, al oír el "¿Quién es?" debe responder rápidamente "Tabariones a los pies, que los niños se le peguen a Ud." y emprender la fuga, pues si oye alguna respuesta queda anulada la acción de la cura.

Cuando un niño (o adulto) se le introduce en la garganta una espina de pescado, un caroto, o cualquier obstáculo que obstruya las vías respiratorias, pásese un cordel al cuello de un perro, y de éste al cuello del niño, y el objeto introducido, será arrojado al instante.

Para obtener una cabellera blanca: El día de San Juan Bautista, al momento de salir el sol, debe echarse el cabello

a la espalda, acompañando a la acción estas palabras: "Glorioso San Juan, te ofrezco mi cabellera para que la preserves de la caída y de cualquier otro mal". Después se riza un padrenuestro, y al año siguiente se repite la operación.

Para curar el mal llamado "Culebrilla": En una tira de papel de 2 cm de ancho y 70 de largo escribese el padre nuestro al revés. Luego se aplica esta cinta a modo de venda sobre la parte afectada. La riza que determinada por la enfermedad desaparecerá a los pocos días.

Es muy común en estos lugares amoscados para curar animales amoscados, colgarles ramas de sauce lloron en el cuello. Con el mismo fin, otros curan por medio de palabras secretas, que solo las dan a conocer la víspera de San Juan, y sostienen que el secreto enmendado en otra fecha, pierde su poder curativo.

Para curar el dolor de cabeza: Éñese la cabeza del paciente con ambas manos, y simultáneamente se hará tracción con toda la fuerza posible, determinando una cruz y se dirá lo siguiente "Jesús, José, y María, poned vuestras manos, donde pongo las mías".

Para curar el reumatismo, llevar papas peladas, dentro de la manga de la camisa.

Concha Vargas Dpto. Colón
Escuela Nacional 16^{to} 33

Supersticiones comunes en este lugar
N. C. Scaglioni

Para cortar la tormenta: Se hace una cruz con el ^{hacha} ~~cuacha~~ en la esquina de la casa, y luego se clava el ~~hacha~~ en la intersección de ambas rayas.

Si una persona ve a otra, en la cara o en el cuerpo una pestaña que se le ha caído, la primera recibirá una carta.

Si una niña desea saber quien es el candidato que le ha deparado la suerte, debe colocarse frente a la luna, cuando ésta se encuentra en "plenilunio" y decirle por tres veces consecutivas y sin pestañear: "O luna, luna dame fortuna, dame reposo, haceme soñar con el que va a ser mi esposo." Es conveniente que al día siguiente recuerde lo que ha soñado.

Supersticiones relativas a los animales: Cuando el gato se lava la cara, anuncia visita; ésta vendrá del lado, hacia donde mira el gato.

Si el perro se acuesta con las extremidades hacia arriba, anuncia que vendrá una persona que no se ha visto desde mucho tiempo.

Si el gallo cacarea temprano en la puerta de la cocina, pueden estar seguros los dueños que por la tarde tendrán visitas. Si la lechusa grazna cerca o encima del techo, augura el deseo de algún miembro de la familia.

Si los teros cruzan formando una cruz con el techo de la casa indica visita y carta, si pasan formando con la casa una línea paralela, indican malas noticias.

Cuando el perro aulla, es de mal agüero, y para evitar la des-

gracia, se deben colocar las zapatillas en cruz al pie de la cama.

Si una niña quiere saber si quedará o no en la casa durante el año; debe hacerlo siguiente. El 1º de Enero se mirará al techo de la casa, y tomando una de sus zapatillas la tirará en alto imprimiéndole un movimiento de rotación. Si al caer la zapatilla queda con la punta hacia adentro, implica que debe permanecer en su casa durante el año y viceversa si cae con la punta hacia afuera.

Supersticiones relativas a los alimentos:

Si la cocinera echa poca sal en la comida, se dice que ahora porque quiere retirarse de la casa, y lo contrario cuando los alimentos son muy salados.

Volcar aceite es de cierta gravedad: se cree que esto cada vez que ocurre, suscita cuestiones de orden doméstico.

Si en una reunión se vuelca un vaso de vino sobre el mantel, denota alegría, y para que esta se haga extensiva y vaya en aumento, uno de los presentes debe mojarse los labios en el líquido derramado y mojar la frente de los presentes.

Supersticiones relativas a objetos:

Si una persona rompe un espejo, es bueno que esté en guaranía durante ocho días (pasados los cuales desaparece el peligro) pues es casi seguro que sufrirá alguna contrariedad, que puede ser de orden físico o moral; esto depende de las condiciones de la persona que ha ocasionado el daño.

Para ratificar la muerte de alguno de los individuos que forman una reunión, se toma un cuchillo de acero marca "Coledo" (y) e imprimiéndole uno a los presentes un movimiento rotatorio, éste girará por largo rato, y cuando se para, el lado hacia donde dirige la punta indicará a la persona que debe morir.

Dejar un paraguas abierto en la habitación, anuncia que en breve los dueños se enlutarán.

Supersticiones relativas a las personas.

Si silba el oído izquierdo, significa que una persona se está acordando bien; si por el contrario silba el (izquierdo) derecho, se debe morder el dedo índice que para que la persona que está hablando mal, se muerda la lengua.

Si el ojo izquierdo se mueve con insistencia en la órbita es señal que se verá una persona muy querida, si es el derecho, puede esperarse una mala noticia.

Si por la mañana, sorprendemos, una de esas arañas inofensivas, paseándose por nuestros vestidos, recibiremos un regalo, si pasea a mediodía noticias y por la tarde vaticina desgracia.

Cuando una persona le pica el centro de la mano o por casualidad ha tocado productos excrementicios, es indicio de que va a recibir dinero.

Entre las muchas supersticiones relativas al matrimonio se cita como curiosa la siguiente: Al llegar los novios al altar, deben fijarse en los cirios que arden al frente del altar, destinados a consagrar la ceremonia de ambos. Si ambos proyectan la misma intensidad de luz, indica que los esposados serán felices. Si uno de ellos arde menos que el otro, la dicha será interrumpida por parte del dueño del cirio que arde menos.

Para facilitar la digestión (aconsejan las médicas) hacerse al momento de acostarse una cruz con saliva en el estómago.

Para curar el reumatismo, la persona atacada debe poner todas las noches al pie de la cama una palangana con agua fría.

Para evitar que lo ataquen las brujerías se debe usar continuamente una prenda de vestir al revés sea.

una media, el conpiero etc.

Qui un foren quiere conocer si su futura esposa, va a ser una persona diligente, debe colocar la escoba en un lugar donde ésta le se pasar. Si se inclina a levantarla indica que será una buena ama de casa, en caso contrario el enamorado sabrá a que atenerse.

Partiendo del dicho que sostiene que "La visita siempre causa placer, si no es cuando viene es cuando se va" es conveniente citar el medio de ahuyentarlos cuando estorban. Uno de ellos consiste en pasar la escoba detrás de la puerta más próxima a que se halle el visitante; otro de más efecto, consiste en echar un puñado de sal debajo de la silla que ocupa el o la visitante. Cuando el fuego al arder produce un ruido como si alguien lo soplara con un fuelle, es indicio de que vendrá a la casa una persona muy charlatana. Si las brasas se pegan a la cafetera anuncian visitas. Si el día lunes, por la mañana llegara a la casa una persona de bajo color, anuncia que toda la semana habrá visita. Si en vez de un negro, fuera un fraile se debe estar en guardia, pues corre peligro de andar mal durante el resto de la semana.

Dpto Colon Escuela N.º 33

M. E. Scaglioni /

(Narraciones entremetidas)

L'almia e Juan Cancio

Larga la marcha; pesado el aseo.

Diríase más bien centuvaras de bestias cursinas que habían perdido sus voluntades, bajo el agobio de aquel sol de fuego que castigaba de frente. Caliginosa y asfixiante la atmósfera.

De cuando en cuando, un novillo resagado o volvedor que se sentaba en la culata u otro, que de puro apurado por las cornamentas de sus compañeros, se adelantaba rompiendo la línea hasta ganar campo afuera. Ven guito, cuando más un encuentro con la cabalgadura de aquel que ataja, y el novillo que vuelve, desconfiado y raras a buscar la puntera de la tropa, que a paso lento, va enfilando por sobre las cuchillas que unas tras otras se suceden intermitentes. Así todo el día en ese continuo marchar y marchar por entre esos callejones polvorientos, batidos por el eterno empujar de las tropas bajo la persistencia de aquella sequía de diez meses. Monótono y desolado el paisaje. Las laderas y cañadas que de suyas, antaño, apareaban a la vista del viajero verdequeantes y alegres, amañaban a hora sedientas, rezuebrajados los pastos y secos los sauces. Yeran yescas los campos.

En las estancias hacía mucho tiempo que se cuecaba. En uno y otro lado del camino, las osamentas macabras blanqueaban al sol. Los carunchos de gordos, apenas volaban, e impávidos, zuecaban sobre los postes, mirabannos pasar.

Las haciendas escañadas y chupinas, trotaban a lo largo de los caminos, balando muertas de sed.

Se seguía la tropa. De cuando en cuando, los novillos arrambaban y revolineaban corneándose. Y más se estrechaba el círculo, y más se incitaba a la marcha.

Los tibanos, sobre los lomos, se enseñoreaban. Yera un agitar de cabezas descoperadas y un golpeo de colas sobre los flancos

Árboles de jefenes y alguaciles flotaban el espacio. Un viento de fuego que soplaban del Norte, sofocante, nos echaba la tierra encima. Bandadas de patos silvestres, cruzaban volando en distintas direcciones.

De pronto, una voz cercana rompió el silencio. Era mi capatzen, que desde hacía rato marchaba junto a mí abismado en quien sabe qué reflexiones. Un viejo criollo, toda experiencia, el crédito de mi padre y el que allá en la vieja estancia nos enseñara a andar a caballo a todos llevándonos el petiso de las riendas:

- ¡Hum, va a llover patoncito....

- ¿Te parece, Chapano?

- Si cambia el viento de furor sac'agua ¿No ve l' hacienda? Mañana se marchar. ¡Y eso que la hemos traído a un tesoro, nomá!... Y dispue "l' atmósfera" que está mes nro como pa cortar'la cuchillo.... Y los patos que quíelan bajo.... y el sabandisaje que carga tanto.... No, si ha e llover nomá ¡Cuándo a mí se me pone!

- ¡Sin embargo, no parece, Chapano....

- ¡Hum ¡me ha e parecer?.... ¡Deje que cambie el viento nomá, patoncito, que dispue yo le voy a preguntar!....

Sin duda alguna, esa aseveración era una profecía que tarde o temprano llegaría a cumplirse. ¡Y cuántos no desearían esa lluvia, y cuántos en ese instante no estarían rogando a Dios por ella, que como una bendición del cielo, hubiera venido a cambiar el cuadro desolado de aquella triste comarca!

Un rato más de marcha y el callejón polvoriento que parecía que no iba a terminar nunca, quedaba a nuestras espaldas.

- ¿Qué te parece que rondemos por aquí nomá, Chapano?

Un campo vasto y empastado se brindaba propicio a la voracidad de la hacienda mal comida y transida por ese continuo marchar de tantos días. Era el único reserva de un dueño de estancia precavido y asaz "rumbeador".

- ¡Hum... no me gusta. El campo es grande y tiene monte....

- Pero hay aguada, hay pasto, y el alambrado parece seguro....
 - No li hace. En apuranda hemos' e alcanzar a salir con sol.
 Déjes estar patroncito, que yo no lo indilgo mal, y a más yo sé
 porque se lo digo. La hacienda va bien y en llegando aunque no
 "suebre"

- Y bueno vos sabrás

- No como que sé. El otro campo ha estar quiemo. Es de los "Nocay-
 yas", lo mesquinean, pero no li hace. Lo que menos falta es agua.
 Kum, el tiempo se viene y lo que es aquí yo no puedo.

No dijo más, y picando espuelas al montado, un moro de sobre-
 peso y por tal causa de buen conodo, aunque tuerto y mosqueador,
 apuro la culata de la tropa con un "i siza qieey, siiza siiza!"
 el que fue repercutiendo de boca en boca coreado por todos los
 compañeros. Y poco andar, ya habíamos salido del "campo grande"
 bajo un nublado que se insinuaba amenazante.

Después de dar agua y que pastara un rato la hacienda, se ordenó
 la ronda sobre la rincónada, intersección del arroyo con el alambrado.
 Formaron las tropillas, se cambiaron los montados por otros que
 venían de represo y después que se manearon las madriñas y
 que se churrasquara, los del "primer cuarto" ocuparon sus pue-
 tos, más por obligación que por otra cosa.

Los del "segundo cuarto" habíamos quedado junto al fogón, ma-
 tirados sobre los aperos comentando las incidencias del viaje y dando
 lugar a que el sueño se apoderara de nosotros.

Desde hacía largo rato, una noche oscura nos envolvía a todos.
 Ni una estrella, ni una nada bajo aquel cielo tupido de sombras.
 La hacienda intranquila, optaba por no echarse y querer cu-
 minar a todos lados en la ronda. Era que la sabandija, ahí
 junto al arroyo, más arreciaba de fijo.

Un viento fresco del Este, con olor a tierra mojada, comenzó a
 soplar en ese instante. Varios refucilos, uno tras otro, comen-
 zaron a insinuarse, culabrillas de fuego zigzagueantes que en
 las nocturnas lejanías, aparecían y desaparecían sin solución de
 continuidad.

Allá a lo lejos los gritos de los traperos, a cuáles más monótonos y largos de "roovonda, roovonda; güeeelta, güeeelta," mientras que en el fogón, solo se oía el chisporroteo de los troncos y el roncar intermitente de los que ya dormían a pierna tendida. Cruzaban las nubes empelidas con fuerza las que, a la luz de los relámpagos, semejaban vellones arrebatados por el viento.

La tormenta se acercaba. Un instante más y las furias del verano bariendo todo el llano. Las primeras avanzadas ya habían llegado hasta nosotros.

La hacienda rugía y pujaba desesperada y era evidente la impotencia de aquellos hombres para contenerla. Ya la atmósfera había empezado a descargarse. Primero, fue un trueno, después otro, otro, y otro.

De pronto, la voz de mi capataz fue ordena - ¡ 4 caballo todo el mundo! -

¡ Era tiempo. La tempestad estaba con nosotros. Y allí fue Troya. Quién con el poncho, quien con los truenos, mal mandados y en pelos a querer contener aquellos brutos que luchaban dando millo de arustados, corneando y atropellando todo en una confusión espantosa, de hombres, caballos, y fieras.

¡ Era un drama terrible que se desarrollaba en las sombras! A la luz de los relámpagos, los hombres y las bestias eran visiones que en la noche se cruzaban desafiando; aquellas ciegas de rabia por romper el círculo de hierro en que se debatían espantadas masacrándose; y estos amurallándose, comprimiéndose, a cual más valiente, a cual más osado, fugándose la vida a cada minuto, a cada segundo, llenos de ese amor propio iniciado en nuestros gauchos.

- ¡ Cuidao, patroncito! ¡ No vaya a rodar! Dispáreles en la punta! ¡ No se deje cornear! (Era mi capataz que en ese instante cruzaba a mi lado mangueando y revolcando el poncho)

Atraajén, atraajén, güeeelta güee, güeeelta, güeeelta; pi pi, pu; roovonda, roovonda!

Y así hasta que la tempestad amainara y la hacienda se

asegura.

Después que escampó - había sido un diluvio toda la noche - madrugada clara ya, reolvimos contar la hacienda, de la cual cabía suponer más de una pérdida. Y ya, después que los novillos desfilaban de dos en dos, de cuatro en cuatro:

- ¿Cuántos Chapano? -

- Pa mi cuenta ni uno.....

- ¡Para la mía tampoco!

En efecto yo había rectificado, y por lo tanto, no teníamos que lamentar extravío alguno. Se dio ronda a abierta para que pastara la hacienda y una vez ya en el fogón, secando las pilchas, uno de los peones cuenta:

- ¡Es de no creer! ¡Mire que no perder ni uno! También el apuro que grande ¡verdad patron?

- ¿Y es? ¿Vos se debe más que a nadie

- ¡Y nosotros! ¡Digam más bien que ustedes no saben!.....

- ¿El que, Chapano?

- ¿Y qué va ser? ¡Lo'e anoche, qué; lo'e la disparada!.....

- ¿Y qué pasó? Cuente, a ver Chapano?

- ¿Y qué va pasar? ¡Cuasi nada! ¡Si lo hubieran visto!.....

¡Es de no creer!.....

- ¿A quién, hombre, a quién?

- ¿Y a quién ha le ser? A Juan Cancio, al tropero Cancio.....

- ¿Cancio?

- ¡Dios libre y guarde! Aí mismo fue en la ronda. Lo me to' una tropa una noche asína como esta en la disparada. Al otro día, cuando fueron a recoger, lo trajeron a él, y al caballo, se junto al arroyo sobre la barranca. ¡Virgen santa!

¡Los dos no eran ni uno! ¡Aquí un pedazo, allá otro y así tuitos! Esos brutos se le habían venido encima en toda la finca y los habían despedazado a cuerno y pesuña.

- Habrá rodado.....

- De juro.

¿Entonces ha sido él, el que atajo la hacienda?

- ¿Y quién otro va ser? ¿No lo vido, ese que marguicia ha
en la punta en un tordillo, blanco y charcón?

- ¡Yo que creí que fuera uno de los nuestros!

- ¡Dínde! Si aquí naide trae ese belo flojon Y quien
fue, como Líba diciendo era l'alma de Juan Cancio, que
dend' entoces, en llegando a estos campos, cuando está el tiem-
po ausina, nos protege a nosotros los troperos

A Duval Mendes (autor)

(De la popular revista "Mundo Argentino")

Colonia Vargas - Dpto Colon
 Escuela Nal N° 33
 Contestacion sublime (Anécdota)
 M. E. Seaglioni

En el sangriento asalto que los soldados argentinos llevaron a la trinchera del Botero Sauce, el 18 de Julio de 1866, el primero que puso los pies en la disputada posición, fue el capitán del batallón San Juan, don Cisandro Sánchez, seguido del soldado Santiago Esquivel.

Quinados por tan bravo ejemplo, toda la compañía sanjuanina y otra del regimiento de Córdoba, escalaron el temido obstáculo. Quinaba a sus cordobeses el capitán Pedro Loba, cuando una bala cortó su vida, casi en el mismo instante en que rendía la suya el que primero holló la trinchera, el bravo Cisandro Sánchez.

En medio de aquella carnicería y de aquel desesperado batallar, muere al pie de la trinchera el abanderado del 2° de Entre Ríos; el sargento Maximino Eguen, un verdadero niño, la levanta en alto y escala la batería gritando a sus camarada.

- ¡Siganme, si son hombres! -

El injuria no quedó sin recoger. Un miliciano le contesta airado:

- Se hemos de seguir, y aun lo hemos de pisar, sargentino...
 ¿Acaso Ud no más es argentino?

Y para sostener esta frase de insubordinación sublime, provocada por la duda del superior, el bravo miliciano se lanza adelante; tras él fueron otros, y al fin todos.

(De la revista "Mundo Argentino")

Colonia Vargas. Pto Colon
 Escuela Nacional 16^{to} 33
 Maria E. Scaglioni
 El malou.

Ciudad se acerca al bando
 De velozes atronando
 En lo el campo con vecino
 ¡Mirad! como torbellino
 trueno el espacio veloz.
 El fiero impetu no enfrena
 Del bruto que arroja espuma;
 Baga al viento su melena,
 Y con ligereza suma
 Pasa en alevanxtras.

¿Donde va? ¿De donde viene?
 ¡Re que su goso proviene?
 ¿Porque quita, con vuela,
 Clavando al bruto la espuela,
 Sin mirar alrededor?
 ¡Ved! que las puntas usanas (de sus lanzas)
 De sus lanzas por despejos,
 Elevan cabezas humanas,
 Cuyos inflamados ojos
 Respiran aun furor.

Al barbaro hace ultraje
 Al indomable coraje
 Que abatió su alvosia,
 En su rencor todavía
 Mira con torpe placer
 Las cabezas que cortaron
 Sus inhumanos cuchillos,
 Exclamando "ya pagaron

Del cristiano los caudillos
ó el feudo a nuestro poder.

En los ranchos de vivieron,
Presa de las llamas fueron,
Y muere el polvo abatida
Su pujanza tan eruida.
¿Dónde sus bravos están?
Vengan hoy del vituperio
Sus mujeres, sus infantiles,
Que gimen en cautiverio
A libertar, y como antes
Nuestras lanzas probarán.

Sal de la y bajo el callo
Del indomito caballo,
Prujiendo el cielo temblaba,
Buzco y sordo retumbaba
Su grito en la soledad,
Mientras la noche, cubierto
El rostro en manto nubloso,
Échó en el vasto desierto
Su silencio furoroso
Su sonora mugencia.

Esteban Echeverría
(Argentino)

Colon - Colonia Vargas
Escuela Nacional N° 33.

22

N.º. Scagliarini
La tapera (canto popular)

Entre los pastos tirada
Como una prenda perdida
Y en el silencio escondida
Como cancia robada,
Completamente rodeada
Por el cardo y la flechilla
Que como larga golilla
Van bajando a la ladera,
Está una triste tapera
Descansando en la cuchilla

I

Feli en ese suelo que
Donde mi rancho alzaba,
Donde contento jugaba
Donde a vivir empecé;
Donde cantando en silbío
Mil veces el pingorín
En esas horas de frío
En que la mañana llora
Cuando se moja la aurora
Con el vapor del rocío

Donde mi vida pasaba
Entre queces verdaderos,
Donde en los años primeros
Satisfecho retaba.
Donde el onbí conversaba
Con la calandria cantora,
Donde noche seductora

Cuido el sueño de mi cuna
Con un beso de la luna
Sobre el techo de totora

Donde renacen valientes
Reseladas con los terrores,
Las rosadas ilusiones
De mis horas inocentes
Donde delirios feroces
Brotan a millares mí,
Donde palpitar sentí
Eternas de afecto profundo
Cosas chicas para el mundo
Pero grandes para mí

Donde el aire perfumado
Está de risas esentá,
Y donde en cada pastito
Fue un recuerdo de adi;
Tapera que mi pasado
Con colores de amapola
Entusiasmada enarbata,
Y que siempre que la viro
Dejo sobre ella un suspiro
Para que no esté tan solo

Elias Regules (autor)

Comada de la Perista N.º. Argentino

Colonia Vasquez Depto Colon.

Escuela Nacional N.º 33

María C. Scaglioni

Episodio riojano

Como ese oro..... y este plomo.

El año de 1831 se había señalado en sus comienzos con bárbaras escenas de sangre y exterminio. El rojo estandarte de la anarquía flotaba en los rincones del país, como funesto mensajero de muerte y destrucción.

Una ráfaga candente de odio y vengansa encendía las desenfrenadas pasiones y locas ambiciones de esa vandálica legión de caudillos y montoneros que, salidos de las selvas y montañas y del corazón de la Pampa, finetes en salvajes potros se lanzaban plantiendo la lanza o rebolecando el lazo y las boleadoras, contra todo lo más sagrado y querido. La vida, la hacienda, el hogar, la patria, y el honor, eran nombres vanos para esos abortos del infierno.

Y los solos nombres de Rosas, Quiroga, Benavides, Gildas y Bustos los pueblos se estremecían de terror. La Rioja sintió rudamente el dominio de Quiroga. Bien podía este exelamar como el terrible jefe de los hunos "donde pisa mi corcel, no vuelve a crecer la hierba" No parecía sino que lo precedía el Ángel Exterminador.

El comandante Juan Ferrand era uno de sus más sanguinarios capitanes. En ferocidad no le iba en raga a su jefe. Humillo, a los principales ciudadanos, imponiéndoles fuertes y perentorias contribuciones, seguidas de amenazas de muerte si no cumplían. Era enemigo implacable del Capitán Ricardo Feuña, bravo y leal oficial de la Abadía. Este se había casado, hacía dos años, con Elisa Santillán, cuyo padre fue compañero de infancia de Quiroga. Elisa, joven de 22 años, gentil y seductora, de gallarda presencia y negros ojos, había inspirado una ciza pasión a (C)

Serrano, quien no buscaba más que en conseguir su malvado
intento. Pero un obstáculo poderoso le cerraba el camino: Quiroga.
Este había prohibido a Serrano, bajo pena de sentir su enojo, molestar en lo más mínimo a Santillan y a su compañera.
Serrano maquinó cien estratagemas para seducir a Elisa, pero frustalas quedaron ante la amenaza del Zigue de los llanos. Sin embargo no se dio por vencido: su deseo, lo juró por Satanas, pedría más que la ira de Quiroga.

II

Una furiosa tempestad rugía sobre la Rioja, la noche del 1º de Mayo de 1831. El viento y la lluvia azotaban furiosamente las alamedas y las casas. Continuos relámpagos incendiaban el firmamento, por donde rodaban negros y espesos nubarrones.

El capitán Acuña se entretenía en limpiar su espada, en tanto que su esposa velaba el sueño de su pequeño Ricardo "el futuro general unitario" como lo llamaban sus padres.

Repentinamente el galope de un caballo se dejó oír, mezclado con el ruido del aguacero y del viento. El galope cesó frente a la casa de Acuña. Unos momentos después, ruidos golpes contra la puerta de calle estremecieron a Ricardo y a Elisa. Acuña se levantó, empuñando en su diestra la espada. Una ronca voz guti desde afuera.

- Con nombre del comandante Serrano, a brida la puerta, capitán Acuña.

Las miradas de ambos se cruzaron.

¡No abras, Ricardo, no abras por Dios! - gimió ella ocultando su rostro entre las manos e inclinándose sobre la cuna, como queriendo proteger con su cuerpo de algún peligro a su pequeño. - No temas quenda, contestóle tranquilamente, mi espada me acompaña.

Otra vez la ronca voz volvió a rugir más fuerte - Si no abres, echo la puerta abajo -

Acuña abrió. Un hombre alto, calado de agua, envuelto en un rojo poncho, de aspecto sanguinario, cuya renequida barba le caía sobre el pecho, entró en la habitación, haciendo

sonar sus botas de potro. Un gran chambergo ocultaba en parte su arrugada frente, bajo la cual chispeaban dos ojos enormes. Su mirada desleñosa, se clavó en Feuña y luego en Elisa. Sacando del bolsillo un sobre que entregó a Ricardo, dijo con acento aguardentoso: Para vos, capitán, de parte de mi jefe Senano.

-¿Espera contestación? - preguntó Ricardo.

No respondió secamente el emisario que, girando rápidamente sobre los talones, abandonó el aposento. Feuña cerró la puerta. El ruido del galope del caballo del emisario se perdió a lo lejos. - ¿Qué dice la carta? - preguntó Elisa, levantándose y echándose al cuello de su esposo. Feuña dejó sobre la mesa, la espada y rasgando el sobre leyó tranquilamente lo que la carta decía: "El capitán Dⁿ Ricardo Feuña, pondrá en el término de 12 horas \$ 2000 oro en caja. Cuartel, Mayo 1^o de 1831. A las diez a. m. - Senano".

- ¡Barbaro! - gemió ella deshecha en llanto.

- ¡No lo conseguirás! - gritó Feuña - ¡Ay de ti, miserable, en lugar de oro, tendrás el acero de mi espada!

- No te pierdas cuando... nuestro hijo... acuérdate de él... le daremos ese dinero... murmuró Elisa.

- ¡Jamás! - respondió Feuña.

III

El día siguiente a las 10.30 de la mañana, Feuña fue reducido a prisión por los secuaces de Senano, por no haber cumplido la orden de este. Elisa se refugió con su pequeño Ricardo en casa de su tío.

Éran las 9 de la noche - Feuña engrillado, dormía en la inmundada marmora.

Elisa, pasados los primeros momentos de estupor y desesperación, habíase impuesto la peligrosa tarea de salvar a su esposo. Consiguó sobornar al soldado de la custodia de la prisión. Vestió la ropa del centinela y ocupó al anochecer su lugar, esperando un momento propicio para poner en práctica su plan.

La noche oscura favorecía su intento. Un ruido de pasos se dejó oír cada vez más cercanos. Era Serrano que se acercaba, alumbrándose con una tea. No traía sable, ni en su cintura había la daga que solía usar. Una idea salvadora germinó en el alma de Elisa.

Colgado Serrano, junto a la puerta, preguntó al centinela, que se cuadró serenamente haciéndole la venia: ¿El preso está seguro? Seguro, mi comandante, contestó el centinela remediando la voz de hombre.

Serrano entró: — Oa, Capitán, no duerma, que ya tendrá tiempo de hacerlo dentro de unas horas, por toda la eternidad, quitó lanzando una carcajada.

Yeuña despertó y, al par sereno que altivo volvió a su verdugo. Este, irconocando fuertemente le dijo: Por fin arreglaremos la cuenta; no quisiste cumplir mi orden, peor para ti. Morirás fusilado mañana, y tu bella Elisa no tardará en caer en mis manos.

Los ojos de Yeuña brillaron ferozmente. Serrano prosiguió:

Mañana mañana ja ja ja ¿sabes? tu Elisa será mía

— ¡Y tu del demonio ahora mismo! — Exclamó Elisa apuntándole con el fusil. Elisa había presenciado la escena, lo grande introducirse a la prisión sigilosamente. Ella se burlaría y vengaría a su esposo. La escena que se desarrolló en seguida fue rápida.

Serrano aturdiado retrocedió, quiso gritar, pero la voz se le ahogó en la garganta. — ¡De rodillas, miserable! — continuó Elisa amena, lanzándole siempre con el fusil.

— ¡Perdón, perdón gimió, Serrano, me han vendido!

— ¡Es inútil, no te oirán: la guardia está comprada! ¡Fui, valiente a mis pies! ¿Quisiste oro? ya lo tendrás, pero antes quita esos quillos a mi esposo. ¡Obedece, cobarde, o te mato como a un perro! ¡Ni una palabra! ¡Obedece!

El comandante, obedeció.

- Esperame en la puerta, Ricardo - pronunció Elisa - Nuestro hijo está en salvo: los caballos nos aguardan para huir. Todo está preparado. Ahora, comandante, toma el dinero, y diciendo esto arrojó a los pies de Serrano una bolsita repleta de oro - ¡ Recógelo, verdugo!

El comandante se arrojó sobre la bolsa. Elisa exclamó: ¡ Buena es esa oro... y este plomo! - y apretó el gatillo. La bala había destrozado el corazón de Serrano

Eduardo R. Rossi (autor).

Colonia Varquez Dpto. Colon
 Escuela Nacional N^o 33
 Episodio Nacional
 María Enriqueta Scagliorini

El sargento Gómez

El ejército patriota que mandaba el Gral Belgrano en el Alto Perú, había sido derrotado por las fuerzas españolas al mando de Perucá en la batalla de Ayohuma.

El jefe independiente se retiraba con el resto de sus fuerzas sobre Jujuy o Salta, que eran en este caso, y debieron haber sido siempre, su base natural de operaciones.

Fue indudablemente un completo descalabro el que sufrieron nuestras tropas, en aquella desgraciada jornada, pero a pesar de esto el espíritu militar de los soldados de la patria no decayó en lo más mínimo, pues se portaron con su acostumbrada bravura y sangre fría, haciendo una gloriosa y heroica retirada. Cuando los restos de nuestro ejército llegaron a Jujuy, el general Belgrano, llamó al teniente coronel Ca Madriol, y le dijo: Voy a mandar a su bravo sargento Gómez (uno de los de tambor Nuevo) con una orden del jefe de nuestra retaguardia, para que formando toda la tropa, le permita escoger 50 hombres de su confianza, y vuelva con ellos bien montados a hostigar al enemigo, y darnos parte de todos sus movimientos.

Ca Madriol que conocía el arrojo y fidelidad de Gómez, lo despachó con dicha orden. El heroico sargento, demasiado confiado en el valor de sus compañeros que iba a elegir, manifestó desde un principio al general, que no necesitaba de tantos, y solo sacó de la retaguardia 25 hombres, con los que marchó al encuentro del enemigo.

Cuando el combate de Nazareno, Gómez había caído prisionero de los españoles y servido al Coronel realista Castro, de ordenanza cuyo jefe le distinguió mucho. Gómez tuvo la suerte de

11
poder volver otra vez al lado de su bandera, desertando al efecto del campo enemigo antes de la batalla de Tucuman.

Puesto a la cabeza de sus 25 soldados, se encontró con la vanguardia enemiga en los campos de Cangrinos, y desde allí regresó trotando incesantemente de día y de noche.

Castro que era el jefe que la mandaba, al momento lo conocí, y además se distinguía mucho por un hermoso cabello blanco, que le había regalado el general Belgrano.

Al llegar al pueblo de Humahuaca, siempre trotando a la vanguardia española, acampó esta poco antes de llegar al pueblo, y queriendo Gómez aprovecharse de ese momento para que sus soldados se proveyeran de pan, de tabaco, etc. en el pueblo, se adelantaron y parados en la puerta de una vivandera cochabambina, pidieron les alcanzara lo que necesitaban, y lo pagaron. Instábale la vivandera a Gómez para que se bajara a almorzar, pero este se resistió; entonces sale aquella afuera, con un vaso de vino en la mano, y le invita a beber, suplicándole que se bajara a almorzar; pero este se resistió; entonces sale aquella afuera, con un vaso de vino en la mano, y le invita a beber, suplicándole que se bajara un momento a disfrutar de un almuerzo que tenía preparado. Gómez cede al fin a tanta instancia y se baja, mandando a sus soldados que fueran a esperarlo al punto denominado "Las Tres Cruces" que estaba como una legua adelante, prometiendo alcanzarlos en el momento; mas la traidora mujer a fuerza de halagos, lo hace beber demasiado en el almuerzo, y cuando al fin logra Gómez desprenderse de ella, monta en su caballo y se retira bastante ebrio. Probablemente aquella mujer estaba en relación con los enemigos, y les había dado aviso, pues muy luego llegó un escuadrón de caballería. Pero Gómez en que salió, se había apartado a la izquierda del camino, y bajándose a las pocas cuadras a las puertas de un rancho abandonado, maneó su caballo y se tendió a dormir. Así que llegaron los enemigos cerca de la vivan-

dera, díjoles esta "acaba de salir en este momento de galope - pero va bastante malo de la cabeza; si corren pronto lo alcanzan".

Y apenas recibió este aviso se echó a correr el escuadrón, pasando sin descubrir el caballo de Gómez; pero como los soldados de éste que estaban más adelante le vieron, se pusieron en retirada.

Regresaban ya los enemigos maldeciendo su mala suerte, cuando advirtieron el caballo blanco y dijeron: "¿Eh! está Gómez".

Corren en tropel y después de haber rodeado el rancho, se desmontan, y hallándolo torcido, lo atan y desarman, despartándolo en seguida.

Cuentan festigos ocultos que bramaba de ira el sargento cuando se encontró atado en poder de los enemigos.

En seguida fue llevado a presencia de Castro que le hizo mil promesas para tenerlo otra vez a su lado con toda distinción, si le prometía servirle con la misma fidelidad de antes; pero Gómez se negó abiertamente, diciendo que no era capaz de traicionar a su patria, ni a sus jefes que tanto lo distinguían. Castro, entonces, de despecho mandó ponerlo en celda, pero reiterando siempre sus ofertas de salvarle la vida si le ofrecía servirlo.

El segundo día, puesto ya dentro del cuadro en la plaza, al tiempo de sentarlo en el banquillo, se le acercó un ayudante del Coronel con otra nueva proposición, de salvarle la vida si se decidía a servirlo - Díjale a mi Coronel que si quiere saber quién es Gómez, y si puedo servirle contra mi patria, que me mande quitar las prisiones y entregándome mi sable, me haga largar dentro de este cuadro. ¿Qué puedo hacerles un hombre solo? ¿Qué haga esta prueba y entonces conocerá que no puedo servirlo!

Fue una descarga, y José Mariano Gómez, sargento de Gambo Puevo, cayó bañado en su sangre, ofreciendo el más grande ejemplo de heroísmo, pues consintió en ser mártir, antes que renegar de sus nobles convicciones!

El Coronel Saturnino Castro, hijo de la Provincia de Salta, cuando vió estallar la revolución del Curco, trató de sublevar el ejército español y pasarse con él a las banderas de la Revolución, a las que siempre debió pertenecer, pero habiéndose frustrado su plan, fué preso y fusilado en el pueblo de Nariya, muriendo traidor a su patria y perjuro a su fe, y acabando en sus últimos momentos la honrosa muerte de Gómez fusilado por él.

(De la tradición nacional.)

Colonia Vázquez - Escuela Nacional D.^o 33

M. Guipilián - Moana E. Scaglioni

De la Revista "El Tabaco"

Recuerdos de la vida militar.

"Pata Loca"

Uno de los cuerpos del ejército argentino que cuenta con tradiciones soberbias de gloria, es el regimiento 7.^o de caballería de línea, que ha tenido también, como todo en este mundo, sus días de esplendor y sus épocas de prostración. Su hoja de servicios está repleta de hechos heroicos, pues doquiera que los soldados del 7.^o desenvainaron sus lucientes sables o enristraron la lanza, dejaron el recuerdo imperecedero de la potencia de sus brazos, sembrando siempre a su paso semilleros de gloria militar.

No es nuestro objeto, por hoy, historiar sus numerosos hechos; baste pues con asentar que desde 1826, en que fue creado por Rivadavia, hasta la fecha, rara es la batalla librada en la República en que los bravos del 7.^o no hayan dejado recuerdo de sus proezas. La metralleta franco-inglesa honró sus pendones de guerra en San Lorenzo, Quebracho, Obligado y Acevedo, y las balas brasileras en el memorable tondero. En las guerras civiles desde Caseros a Santa Rosa, se ha distinguido siempre y ocupa lugar prominente en la historia de nuestras luchas con los hijos del desierto.

II

Octaviano Toledo, que a ser soldado de infantería, fuera el primero de los granaderos, servía por su talla gigantesca en el tercer escuadrón. Hay que advertir que en la época a que nos referimos se había invertido en aquel regimiento hasta el orden en la talla de los escuadrones.

Toledo, como casi todos nuestros soldados era un hombre de carácter tan jovial, que siempre andaba reído con lo que no fuera la última expresión de la alegría, decidida en extremo, jamás dejaba de tener una ocurrencia oportuna en las jocosas pláticas.

áticas mantenidas alrededor del fogón, punto predilecto de reunión de nuestros soldados, y rarisimo era no hallarle cantando una "décima" un "triste" riojano o la sentida "vidalita" acompañando las modulaciones de su voz con rasgueros de guitarra más bullangueros que rítmicos.

Sin embargo, de su liviandad más aparente que real, Coledo poseía una firmeza de carácter a toda prueba y en su desventurada educación una imperfecta idea del honor que le llevaría al sacrificio en su sosten.

Riéndose aguantaba un par de puñaladas con el que le ofendiera en lo más mínimo, y concluido el duelo, sin las reglas que la sociedad establece y de las que le importaba bien poco, tendía su mano al adversario vencido, con la misma franqueza y sinceridad que al mejor de sus amigos.

Incansable consumidor del tradicional mate, como la totalidad de los gauchos argentinos, pasaba toda una noche junto al fogón refiriendo "cuentos" a los compañeros de guardia, cuentos en que siempre hacía el gasto una "princesa" o algo así. En estas charlas en que hablaba de todo, buscaba oportunidad para dedicar un recuerdo a su querida Noénda. La que ya no debía ver jamás. Tal vez allí ha dejado Coledo una madre, un hermano una querida... y tal vez sea esta la noticia primera que reciben de su heroica muerte.

III

Como soldado poseía Coledo condiciones recomendables. Profesó siempre respeto profundo a sus superiores y no recuerdo que fuera alguna vez castigado por la menor insubordinación. En aquella época de doloroso recuerdo para los amantes de la disciplina y moral militar por que atravesó el regimiento, Coledo dió muestras de no haberse contaminado con el ejemplo desquiciador de casi todos sus compañeros. La ordenanza era por él estrictamente observada, y cumplió con religiosidad sus severas prescripciones.

Poseía facilidad asombrosa en el manejo de nuestro malnudo sado sable de caballería y era de ver, cuando, tomando uno en cada mano ejecutaba simultáneamente con ambos todo el manejo con limpieza admirable sin que chocaran una sola vez las aceradas hojas.

"Pata loca" como le llamaban por su genio inquieto sus hermanos de armas, era de la talla de esos humildes soldados que con envidiable exactitud nos describe la galana pluma de Gutiérrez.

Éres veces intentaron ascenderle a cabo y otras tantas pidiéronle carnicamente le permitieran permanecer en su estera humilde de soldado raso.

¿Era que carecía de espíritu militar? No quería ser superior a sus compañeros, decía, porque le hubiera sido imposible, como tal, infligir una pena a cualquiera de ellos, en cometiendo una falta.

IV

El regimiento 4º en unión del viejo 5º de caballería, formaba la segunda brigada de la segunda división del ejército, y guarnecía el hoy floreciente pueblo "Gral Roca" fundado por Don Lorenzo Vintter, jefe militar del punto.

Corría el año 1882.

Se ordenó por aquella época a las fuerzas que formaban la primera brigada y acampaban en el fuerte "4ª división" en el río Perquén, efectuar un movimiento de avance al Sud hasta el punto denominado "Perquin" en las faldas agrestes de los Andes.

Nuestra brigada debía apoyar o mejor dicho proteger el movimiento, operando a vanguardia de aquellas fuerzas para distraer la atención de los indios que la fijaban en ellas. A fin de cumplir su cometido, se puso en marcha el 15 de Marzo de ese año desde el fuerte "General Roca" vadeó el Perquén y siguió costeando la margen izquierda del "Crimay" de paisajes encantadores.

El mal estado de su salud impidió al General Vintter conducirnos personalmente en aquella campaña hasta el centro mismo del aduar de nuestros enemigos. Seguimos por desgracia nuestra, a las órdenes del teniente coronel más antiguo, segundo jefe del regimiento 5º de Caballería en quien recayó el mando de las fuerzas. Nunca como entonces, soportamos más crueles e inútiles padecimientos, ni perdimos más lastimosamente el tiempo. A los catorce días de marcha nos hallábamos acampados en el paraje denominado "Cafrau Kansano" donde ignoro hasta hoy con qué objeto perdimos varios días inútilmente construyendo un reducto de arena que poco después había de desaparecer bajo la acción combinada del viento y el agua. - El reducto por la orden del 29 de Marzo, fué llamado "Capitán Brouzeilles" en recuerdo del bravo oficial de este nombre, sacrificado un año antes por los soldados sublevados, y cuyo otro hermano, capitán también, había de sucumbir un año después luchando denodadamente con los indios acompañados en su sacrificio por el modesto heroico Leseano.

En uno de los días que allí permanecimos estacionados el 24 fué nombrado el sargento segundo Rosendo Perras en comisión fuera del ~~campamento~~, de orden del jefe de la brigada, acompañado de los soldados Manuel Canales y Octaviano Toledo, y dos soldados del 5º de Caballería.

Llevaba la orden el sargento de retirarse al pie de la travesía del "Chacón" y esperar allí su llegada de un "chacque" de Fuerte Roca.

V

El día 29 a las 4 p. m. partían de nuestro campamento general dos soldados, uno del 5º y otro del 7º de "Chacques" para Fuerte Roca llevando comunicaciones especiales para el Sr. Teniente coronel, Don Tomás O'Gorman, jefe del punto y perteneciente a la distinguida familia de este apellido.

"Pata Loca" (Conclusion)

que ha hecho célebre la saivaje barbarie del Virano Posas. Dos horas y media más tarde regresaba uno de ellos con el parte de haber encontrado heridos a los soldados que habían salido en comision a la travesía, los que habían sido atacados por un número superior de indios y peleado con ellos desesperadamente; que nuestros bravos permanecían "tirados" aún en el campo de la lucha, vigilados por "bomberos", enemigos que coronaban las alturas vecinas, prontos a ultimarlos así que cesara la noche y al favor de sus sombras protectoras.

El Jefe del 5º de Caballería, Dⁿ Dionisio López, recibió orden de marchar con algunos soldados de su cuerpo en busca de los heridos. A las 10 p.m regresaba este oficial conduciéndolos a nuestro campamento, siendo recibidos en brazos, de cariñosos compañeros, que desde ya se prometían cumplida revancha.

V

Dos días de espera contaban nuestros valientes en el sitio indicado cuando vieron llegar, en vez del chasque que soñara el jefe de la Brigada, los indios que se traían la muerte en la punta de sus largas chuzas.

El día espléndido, diáfana la atmósfera, sin una nube al horizonte, reinaba en la naturaleza toda la calma abrumante del desierto. El sol casi en el término de su diaria carrera iba a hundirse en el ocaso, pero antes había de alumbrar sus últimos destellos un cuadro terriblemente grandioso: un combate cuerpo a cuerpo, sable contra lanza, entre los soldados de la patria y los últimos representantes de la barbarie argentina.

VII

El sargento Nicvas y sus cuatro compañeros, cumpliendo fielmente la consigna recibida esperaban acampados al pie de la travesía del "Chacon" el chasque que nunca había de llegar.

De pronto alzose allí a lo lejos, una pequeña nube de

de polvo que se agrandaba a medida que avanzaban los que la producían. Estrechada en mucho la distancia, cerca ya, nuestros soldados divisaron un grupo de fiñetes cuyas largas lanzas los denunciaban: eran indios.

"Pata loca" lanzó una mirada hispeante de coraje a su carabina recostada hasta entonces en un "chañar"; la cogió con mano convulsiva, y ya se disponía a enviar una balala a los odiados enemigos, cuando el sargento le intimó moderación. Había visto en ese momento que de una de las islas más cercanas a la costa del Cimaq, salían siete indios más que rodeando fácilmente el estrecho brazo del río, se unían a los recién llegados arriando una tropilla de 120 caballos, y calculando con su mirada de águila, averada a los golpes de ojo, que la posición que ocupaba con sus soldados, le era en extremo desfavorable para batirse, decidió tomar otra cercana y situada precisamente por donde debían pasar los salvajes.

Planear y ejecutar fue obra de un instante.

El número de los indios se había aumentado en mucho cuando llegaron al sitio en que nuestros bravos les esperaban dispuestos a vender caras sus vidas ya salvar con su heroísmo el honor del regimiento; cada uno de ellos tenía que medirse con cinco enemigos, cuando menos.

VIII

El supremo instante ha llegado y el desenlace no se hará esperar; la victoria o la muerte. Una blauguina sube de humo envuelve a los bravos representantes de esos dos colosos del ejército que llevan en sus estandartes de guerra los números 5 y 4; y cinco balas pasan silbadoras por entre el grupo enemigo, sin hallar en su trayectoria de muerte su bronceado pecho donde incrustarse.

Los indios que ya venían apérecibidos al combate, esperan rados en su superioridad numérica para alargar la victoria, echan pie a tierra y animados

por su bravo capitanejo, cargan denodadamente a ^{nuestros} soldados. El ataque es tan recio, se pelea tan de cerca, que estos se ven en la brevedad de desechar sus carabinas por inútiles, para la defensa y recurrir a los sables. Los brazos que los esgrimen no han perdido su nervio, ni el acero su temple: son los mismos de San Lorenzo y de Pampa. Una escena terrible tiene lugar entonces, donde se despliega el valor sobre humano alimentado por la última desesperación: acosados de todos lados no tienen nuestros cinco leones un instante de reposo, y los filosos sables se levantan y caen con rápida fuerza hundiéndose cráneos y tronchando lanzas; el olor de la sangre excita a los combatientes cada vez más, y estos en convulsiones de rabia infinita, en el paroxismo del furor, se destrozan sin piedad. Los sables quebrados y chorreando sangre son inútiles; la carabina esgrimida por el cañon con nervudo brazo sirve de masa para el combate a aquellos titanes del heroísmo.

El capitanejo que animaba a la matanza a aquellas fieras del desierto, ha caído para no levantarse más; tiene la rótula despedazada por una bala, y "Pata loca" aprovechando un momento oportuno, con la celeridad del pensamiento, le última partiendo el cráneo con el pedazo que le queda de su terrible sable. Cuatro de los más bravos ruedan también espáñimes; los restantes desfallecen, amengua el empuje de sus cargas, empiezan a sentir temor por aquellas erradas hojas rápidas como el rayo, poderosas como un anete, y huyen al fin abandonando el campo a los representantes de la civilización, hermanados para siempre por su gloria y su bravura.

IX

Noisieron quatro las cañicias de la victoria; cuánto cuesta alcanzarlas! Veieras está herido de cuatro lanzas os; Cuales cuentan seis, Ramon Corona una y "Pata loca" derrama a torrentes su sangre, por cuatro gravísimas heridas recibidas todas de frente.

peleando como leones por esa patria que no grabará en los ma-
les de su historia su humilde nombre.

El día de aquella noche llegaron en el mismo estado a nuestro
campamento a dar cuenta del combate sostenido; al día siguiente al
fuego de día, nos poníamos en camino nuevamente y nuestros ba-
siles heridos soportaban una marcha de ocho mortales horas al tra-
ste fatigoso del caballo. Días después, recién comprendida el jefe de
la brigada la inútil crueldad que se ejecutaba haciendo conti-
nuar la campaña a los heridos y muy particularmente a Toledo,
que causaba mayor gravedad, y disponía en consecuencia,
se armara uno de los botes que llevábamos a lomo de mula, pa-
ra conducirlo en él, descendiendo el Leimay a "Fuente Roca".

Él se hizo pero muy tarde, pues falleció en el bote a la altura
del fortín "1ª división" confluencia del Leimay y Renguen a
11 leguas del punto de su destino.

En el pobrísimo cementerio del pueblo Gral Roca, se ve una tumba
solitaria señalada por toscas cruces, en la que existió un
nombre que ha borrado la acción del tiempo. No hay en ella un su-
ce llorón que le preste su sombra, ni una flor que le dé su fragancia,
a su aproximación, ante aquella desnudez se siente el frío de
la muerte que penetra los huesos y hace estremecer el corazón.
No se cultivan las flores para la tumba humilde del soldado.
Ésa abandonada fosa que es todo un monumento por una del
valor militar, guarda los restos mortales de "Pata Loca" el bra-
vo combatiente del "Chacón" que yace allí aislado hasta el día
que él llamó hermanos de armas.

El que estas líneas escribe le dio de baja en el libro corres-
pondiente en la mayoría del cuerpo, asentando esta nota
al lado de su nombre "muerto por los indios..." única
oración fúnebre pronunciada en recuerdo de aquel león
que rindió su vida heroicamente en cumplimiento del
deber, que muy pocos comprenden, por un jefe indi-
ferente a su grandioso sacrificio.

Jose J. Biedina (autor)

Colonia Vargas Dpto. Colon

Escuela Nacional N^o 33

Maestra Auxiliar - María Enriqueta Scaglioni

(De la Tradición Nacional) -

La Tabaquera del General San Martín

En una cena íntima en que el General San Martín había reunido a varios oficiales, les mostró una tabaquera de oro que acababa de adquirir. Algunos instantes después, al querer hacer uso de ella, su sorpresa fue grande al no hallarla en su bolsillo.

- Señores - les dijo - tengan la amabilidad de ver si alguno de Vds se ha guardado la tabaquera.

Todos se levantaron en el acto y revisaron sus bolsillos, vaciándolos, sin que la tabaquera apareciera. Un oficial, en que la turbación era visible, fue el único en quedarse sentado, rehusando el vaciar los bolsillos de su suero.

- Ofirmo, bajo mi palabra de honor - dijo - que no he tomado la tabaquera, y esto debe bastar.

Los oficiales se miraron sorprendidos y se separaron, observando de reojo al que en su suero íntimo consideraban ya como un ladrón.

Al día siguiente el General San Martín, lo hizo llamar y le dijo: - He hallado la tabaquera, estaba oculta en el fondo de mi uniforme. Dígame ahora: ¿por qué motivo rehusó ayer vaciar sus bolsillos, mientras sus compañeros no vacilaron en hacerlo?

- Mi general - respondió el oficial - por un motivo que solo a Vds confiaré. Mis padres son muy pobres y les envío todo el dinero de mi sueldo, y por esa causa no acostumbro a cenar en el pueblo. Cuando mi general me hizo el honor de invitarme, ya estaba en mi bolsillo mi merienda, y temía, al darle vuelta, ver caer lo poco que contenía.

- Es un excelente hijo, y para que pueda mejor
ayudar a sus padres, su cubierto será puesto todas las
noches en mi mesa.

Y algunos instantes después, al conducirlo al comedor,
ante los oficiales que presenciaron la escena de la víspera,
le regaló la tabaquera de oro como recuerdo y prueba de
su aprecio.

Conia Varquez N^o Colon. Escuela Nacional N^o 33
 Maestra Auxiliar
 María Emigüeta Scaglioni

La hora de la prueba

El ejército, independiente de argentinos y chilenos había sido atacado y deshecho por los españoles en la proximidad de la ciudad de Calca, la noche del 19 de Marzo de 1818. Lleva en la historia esta sorpresa el triste nombre de Caucha Rayada.

Caucha Rayada es una página luctuosa de la revolución, el negro fondo sobre cuyas tintas se destacaron más tarde los resplandores gloriosos de Baipo. La luz disipó la sombra como la victoria hizo olvidar el desastre.

Después de luchar con bravura y perder 500 soldados, la artillería y bagajes, el ejército de la patria huyó disperso y en desórden. Únicamente el Gral Gregorio Castaños pudo salvar la división de su mando que ocupaba la derecha.

San Martín, envuelto en el desorden, era arrastrado lejos del campo, y obligado a seguir la línea caprichosa que le trazaba la incertidumbre de su situación.

Marchaba seguido de dos ayudantes y el trompa de órdenes, tético, sombrío, pero erizado sobre su caballo de pelea, como un jinete de bronce. Sus botas cubiertas de polvo, se apretaban ricas, sobre los anchos estribos de su montura. La musculatura del bruto fatigado se contraía por la acción regular, casi automática de un trote de muchas horas.

Cuando los dispersos que en la sombra no se conocían, pudieron distinguir al general, y los más próximos avisaron a los más distantes, cual era el rumbo que llevaban, una especie de atracción magnética hizo converger hacia su persona aquella desordenada falange.

San Martín, frío, sin acción sobre su caballo, marchaba por la huella carretera, y así llegó hasta la hacienda de Quechreguías, en cuyo extenso patio existía una cancha de bochas. Todo formaba en aquel edificio: era la hora del amanecer, y las primeras claridades de la aurora bañaban los campos.

El caballo sin ser aguijoneado por la espuela, salvó el débil repecto de un madero que cubría la entrada de la cancha, y allí se detuvo. San Martín desmontó, y sin mirar a ningún lado, sin decir una palabra, caminó unos diez pasos, se detuvo y arqueando rápidamente sus piernas, se echó de bruca contra el suelo, y cruzando los brazos reposó en ellos su cabeza.

¡Qué tormentos no sentiría rugir en su cerebro aquel hombre agobiado por tan inmenso desplome!

Allí estaba el cóndor tendido y desfalleciente, invocando al genio de la América esclavizada para que le iluminase en la hora suprema. Caído, sin ejército, solitario, se veía allí donde dos días antes circulaban en torno de su tienda 9000 combatientes intrépidos, con los que tenía segura la victoria.

¿Qué pensaba aquel nuevo Anteo, postrado sobre la madre fecunda, que debía vigorizar el templo de su espíritu? ¿Qué pensaba el héroe?

Pensaba en su patria cuya bandera veía embustada; pensaba en Chile, cuya independencia rozaba a sus espaldas; pensaba en el Perú, cuya libertad había fundido sobre su espada.

Erise, meditabundo, con las armas rotas, el paladín soberbio se debatía en la hora amarga de la prueba; quebrantado, impotente, sin hombres, sin cañones, sin oro; sin opinión acaso, porque la opinión es la compañera inseparable del éxito, y a él le seguía solo la burla y el sarcasmo de la suerte.

La hora de la prueba (continuación) 34

En esa actitud permaneció algunos minutos, sin hacer el más leve movimiento. Los ayudantes sin demostrar de sus caballos velaban su aparente sueño, mientras que el guerrero impassible y mudo, discutía el problema de su destino.

Entre tanto, la gente dispersa, empezaba a reunirse en torno de aquella cancha de bochas, donde con la rigidez de la muerte se veía tendido al general en jefe.

De repente el sol, dominando majestuosamente la cumbre de los Andes, vertió sus resplandores oblicuos sobre la tierra de Chile, y un rayo de su luz, hirió como una flecha de fuego, la negra y empolvada cabeza del soldado. Y su contacto, San Martín alzó la frente, y ágil, rápido como un atleta, se puso de pie.

Aquella ingrata noche había pasado.

Sobre la manga de su traje se veía una mancha lustrada que parecía reciente. Era la lágrima de fuego con que el hombre pagaba su tributo de flagelación al infortunio.

Miró a todos lados, y a todos lados vio a sus compañeros, sombríos, opacos, taciturnos, como si sobre todas aquellas cabezas hubiera escrito un cartel de ignominia.

El polvo de la denota, era arena calcinada por el oprobio, y les quemaba la faz. Comprendió que un rugido de fieras estaba contenido en cada uno de aquellos pechos varoniles. Fue todos en silencio le demandaban venganza.

En esos momentos un jinete rompiendo aquella taa-
sa de hombres a caballo y a pie, con armas unos y desarmados otros, muchos estropeados, se precipita hacia el general y le entrega una tira de papel.

Era un alférez de granaderos a caballo

- Capitán, le dijo San Martín, mirando la gorra del jinete, ¿es cierto que el Gral. Las Heras ha librado toda su división y los cañones de Chile?

- Es cierto señor general -

- Bien, capitán, língase al frente de esos quibos y diríjalos hacia Rancagua, ¡Chile se ha salvado!

Montó en su caballo, llamó a sus ayudantes, y dando orden al trompa que le acompañaba de obedecer al joven capitán, se puso en marcha otra vez, adusto, impassible, sin hablar una sola palabra, hasta encontrarse con el bravo Las Heras, que en esa noche había sido la providencia de la patria. Allí le esperaba con la base de un nuevo ejército.

Maipo fue la revancha gloriosa de aquella sorpresa.

Las armas españolas que representaban la tiranía, y las tinieblas feudales, vencieron en las sombras.

El ejército de la patria, que simboliza la libertad, fue avuciado por la victoria, a la luz espléndida del día.

El guerrero caído en Calca por la sorpresa, fundió en Maipo, con el bronce de los cañones del Rey, la columna indestructible de la gloria

(De la tradición nacional)

Colonia Vargas -
 Escuela N.º 33.
 Una broma del General San Martín.
 N.º 3. Scagliotti

Cuando en Santiago se supo que el General San Martín, a la cabeza de un poderoso ejército, se preparaba a cruzar los Andes, para reconquistar a Chile, araucándola para siempre del poder de los españoles, un profundo temor se apoderó del ánimo de los realistas.

Sin embargo, no faltaron algunos que, ocultando su cobardía, trataron de infundir confianza a los partidarios de España, aparentando un estudiado desdén por los soldados argentinos y por su grande y heroico capitán.

Entre los que así procedían, se hizo notar un fraile agustino, muy influyente en la ciudad, llamado el padre Kapata, quien aprovechaba todas las ocasiones que se le presentaban, quien aprovechaba todas las ocasiones que se le presentaban para deprimir y denostar a los patriotas.

II

Las funciones de iglesia revestían grande importancia de la época colonial, pudiendo asegurarse que no pasaba un día sin que se realizase alguna; y como no había función sin plática, y uno de los predicadores de más nombre era el padre Kapata, y como este había hecho del pulpito, cátedra, no del Espíritu Santo, sino de sus opiniones realistas, es de suponer el chaparrón de diatribas que día a día había de consagrar a los ejércitos libertadores.

En cierta ocasión, la emprendió contra el general en jefe, y después de largos y difusos párrafos, en los que llamaba la cólera de Dios y de los santos sobre la cabeza del empuinado rebelde (así llamaba al gran jefe) exclamó:

- ¡San Martín! - Su nombre es una blasfemia.

No le llameis San Martín, sino Martín & secas, como

al famoso huaje Leutero, el peor y más detestable de los secuaces de Litavis.

Como no todos los que escuchaban eran partidarios del Rey, no faltó, entre los oyentes, quien recogiera estas palabras, con ánimo de hacer arrepentir a su autor de haberlas pronunciado, cuando llegase ocasión oportuna

III

El plan del inmortal quintero, tuvo un éxito completo. En pocos días atravesó los Andes, venció en Zehupa-llas y Putendo, y ciñó sus sienas con los laureles de Cha-cabuco, en cuya histórica cuesta destruyó al ejército enemigo, ocupando después de su triunfo la capital, evacuada precipitadamente por las autoridades coloniales.

Un día, conversando con varios de sus amigos, tuvo noticia de las palabras que Tapata le había dedicado, y deseando conocerle, ordenó que fuese llevado a su presencia.

No fué flojo el susto del religioso al tener noticia de semejante resolución.

No tenía solamente por su exaltado realismo, sino que recordaba muy bien sus imprudentes palabras y recelaba que San Martín, conoedor de ellas, quisiera vengarse. No iba muy errado el atribulado religioso, aun cuando la venganza que esperaba resultó muy distinta de la que él tenía.

Llegado a Palacio, fué presentado inmediatamente al General, que lo recibió con una mirada terrible.

Imponible sería formarse idea del terror que se apoderó del fraile, que creyó llegada su última hora.

No osaba levantar la vista del suelo, se lababa a mares y le parecía que se ahogaba, faltos sus pulmones de aire para respirar.

San Martín se compadeció de su estado, y deseando ponerle término, le dijo con voz airada:

¿Cómo, sabiendo usted que yo soy católico, me ha com-

penado a lo utero?

El religioso no respondió.

- Pues bien, continuó el General, ahora sentirá usted el las consecuencias. ¿Cómo se llama usted?

- Kapata, murmuró temblando el padre.

- Muy bien: en castigo de haber suprimido el "San" de mi apellido, quito yo el "Ka" del suyo. Ahora retirese, y piense que si me desobedece, puede costarle la vida.

Acás que ligero desapareció el fraile, que desde aquel momento creyó que vivía de ventagro

IV

La noticia de la prision del predicador había circulado por la Ciudad, no siendo pocos los que creían que no volvía a volver las calles de Santiago

Como, a pesar de todo, conservaba aun muchos amigos, no faltaron algunos que le acompañaron en aquel trance, esperando el resultado de su entrevista con San Martín.

En qué que al verte salir libre, le recibieron con alborozo.

Uno, el más íntimo, se arrojó en sus brazos y le dijo:

¡Al fin le sueltan a Ud, padre Kapata!

- No, no, murmuró el fraile, tapándole la boca con la mano; no soy Kapata, sino ¡Pata! ¡Pata! Entiéndalo bien, ¡me va en ello la vida!

No tuvo motivo de queja. Todos omitieron el Ka, y el ~~amigo~~ asustado agustino, pudo recobrar la tranquilidad, oyendo como al pasar le decían, unos por burla y otros con reverencia:

¡Vaya con Dios el buen padre Pata!

De la tradición nacional

Colonia Vargas

Escuela N^o 33

87

Dr. E. Scagliorri

La Cumbre - (Eradicacion de endocina)

En el campamento del Plumero, desartian amigablemente, el día 9 de Diciembre de 1816 el general Don José de San Martín y su médico particular el doctor Tapata.

- Vea, doctor - decía el general, todo remedio será inútil, mientras yo no me vea libre de preocupaciones y mientras no disponga de los medios necesarios para realizar mi plan, el plan que ha de salvar a la América del Sud.

- Bien, muy bien, general. Pero, para realizar su plan, es necesario que tenga Ud salud, y la suya, tengo el deber de decirlo, está mal y necesita reposo.

- Si, regaloverías de mujeres.....

- No, general, cuidados necesarios: régimen reconstituyente, descanso, tranquilidad y.....

- Y más que todo, mi señor Don Guido, dinero, mucho dinero, para comprar las mulas que me hacen falta para moverme. Estamos a punto de partir para Chile y me faltan mil cosas y no tengo un real para proveerme las. ¿Cómo no ha de faltarme la salud, cuando me faltan el tiempo, el dinero, y los medios?

- Dios proveerá general, tranquilícese y espere y sobre todo no olvide que estamos en la inmortal ruina de Guayo y.....

- Y que en ella, todo es posible ¿Verdad doctor?

- ¡Coo!.....

- ¿Sería injusticia regarlo. No hay palabras para expresar la exoneracion de estos patriotas. Con gente así es imposible perder la fe.

- Y la esperanza, general. Calmese, cuítese y.... espere.

Esperar, dijo San Martín, mirando fijamente hacia la nu-
brava.

Y girando alrededor del mismo tema, la conversacion se
prolongó hasta llegar al alojamiento del general.

San Martín descabalgó, y penetrando rápidamente en su
despacho, preguntó a su secretario:

- ¿Hay algo de nuevo? -

- Si, mi general, una comision de señoras espera a V. E. des-
de hace un rato.

- A mí me las millegada, y dígules que dentro de un mo-
mento estaré a sus ordenes.

Las damas que le esperaban eran varias, sencillamente
vestidas, y con signos evidentes, en rostros y trajes de
haber andado por los campos.

Al ver entrar al general, pusieronse todas de pie, y la
que mostraba tener más edad, y que, en tal concepto
asumió la representación de todas habló, dirigiéndose
a San Martín en estos términos:

- Señor gobernador: sabedoras de la falta de dinero
que aflige a Ud, e imitando el ejemplo de las damas
de la ciudad que encabezadas por vuestra ilustre es-
posa han donado sus joyas al Cabildo, nosotras he-
mos recorrido a caballo, casi toda la campaña, pidién-
do donaciones a las señoras. Nos han dado dinero, alha-
jis y cuanto poseian de valor, con voluntad firme y es-
pontánea. Aquí está todo.

Al decir estas palabras depositó sobre la mesa del general
una caja de regulares dimensiones que contenía las patrióticas
ofrendas, mientras que sus compañeras en silencio y con resolucion
entregaban los estuches que contenian sus ofrendas persona-
les.

La última de todas las que se acercó a la mesa fué una
joven enlutada, de rostro pálido y cuyos ojos tristes velaba

el llanto. Quiso de su dedo un anillo con una gruesa perla que entregó al Gobernador, presa de la más intensa agitación San Martín, a quien no escapó el estado de la joven, díjole afectuosamente.

Señorita; si esta cesión, la apena demasiado....

- Perdone usted señor - interrumpió ella -; fue mi madre quien puso este anillo en mi dedo al tiempo de morir....

- Consérvelo pues, entonces - murmuró enternecido el héroe - haciendo ademán de devolver la joya; pero la joven subitamente contestó resueltamente: - Por eso mismo lo doy en memoria de mi madre que hubiera echo lo mismo; - y magistral y digna como una verdadera patricia volvió a su asiento.

San Martín, a quien la tocante ceremonia había emocionado hondamente, pasó su genial mirada, por aquellas ciberas unguilas por el patriotismo y con voz conmovida dijo -

- Ahora, señoras, es necesario que yo repa sus nombres a fin de consignarlos al dar cuenta de lo recibido.....

Sin dejarle concluir, la que primeramente había hablado exclamó: - Señor, todas las donantes, y nosotras mismas, deseamos que nuestros nombres permanezcan en la obscuridad; desmerecería el valor de nuestra acción, inspirada únicamente en el amor a la santa causa de la libertad, si la cobrasemos en moneda de publicidad y alabanzas. Si hay gloria en lo que acabamos de hacer, recaiga ella, toda entera sobre nuestra querida República.

- Acepto y agradezco en nombre de la Patria su generoso donativo y respetaré su abnegada resolución ya que así lo desean.

Y poniéndose en pie, respetuosamente, el futuro vencedor de Chacabuco, estrechó una a una la mano de aquellas señoras, hasta llegar a la embudada

juven, a quien se la besó enternecido.

Retiráronse luego las damas, y al salir a la calle, la jovencita vio temblar sobre su dedo, en vez de la perla, una brillante lágrima del futuro libertador de Chile.

x^x
x x

Aquel donativo, cuyo secreto respetó el Gran Capitán contribuyó a completar los \$14.000 plata que Sr. Neutín necesitaba para llevar a feliz término su grandiosa y legendaria expedición.

Rosario P. Godoy.
Del libro "Laurel y encina"